

Ralph Barby

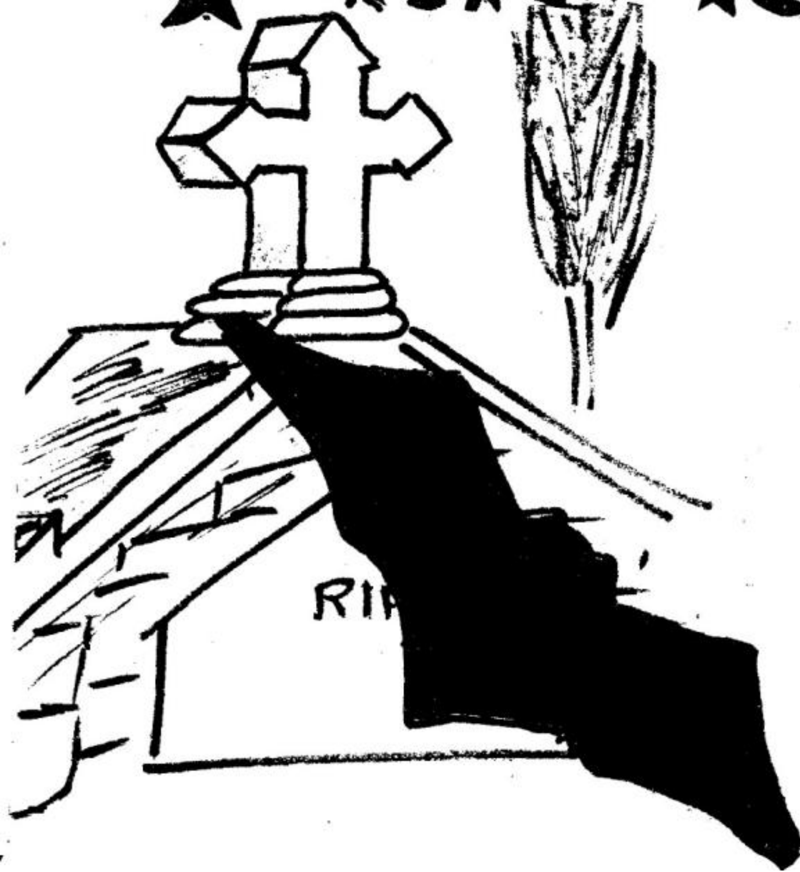
28

EL BASTARDO

TERROR

escalofríos de

TERROR



Si desea suscribirse a nuestras publicaciones, envíenos sus datos personales escritos muy claramente.

Importe 6 números OESTE: 540 Pts.
Importe 6 números TERROR: 600 Pts.

Pagos anticipados con giro postal a nombre de Ediciones Olimpic S.L., Apartado Correos nº 9428, 08080 Barcelona. (No cobramos gastos de envío dentro del territorio nacional)

Colección que desea recibir: ____________________
Nombre: ____________________
Domicilio: ____________________
Población: ____________________
Provincia: ____________________ D.P. __________

(Si desea recibir números anteriores, hágalo constar).

RALPH BARBY

EL BASTARDO

colección
Escalofríos TERROR nº 28



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

I.S.B.N. 84-7750-076-2
Depósito legal: M-43640-1988

1.ª edición enero 89
1.ª edición en América julio 89

Imprime LITOPRINT-GIESA

Distribuye M.I.D.E.S.A.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Pese a que una criada le había caldeado la cama con el calentador de cobre que contenía carbones encendidos, Judy sentía frío, un frío que calaba profundamente en su cuerdo, como si la piel fuera de malla permeable.

El "smog" había llenado las calles de Londres, desbordando patios y callejones sin salida. Judy prefería la casa de sus padres, más al norte de Inglaterra, en Inverness. Quizás fuera más fría, pero el frío se acusaba menos allí. Las noches eran más oscuras pero más brillantes. Una lámpara encendida en la calle por la noche dejaba ver su llama amarilla y luminosa, mientras que en Londres, apenas se vislumbraba un resplandor que se difuminaba rápidamente sin permitir ver en derredor.

No era bueno salir en Londres de noche. Por aquellos días de principios le siglo, la abuela Victoria huía de los modernismos como del mismísimo diablo, y mucho más desde que había enviudado tras la muerte por asesinato del abuelo Charles Thallistable.

El sorprendente testamento dejado por el viejo Thallistable obligaba a Judy a vivir en Londres, en aquella enorme casa de fachada sucia por la huella negruzca que en las noches de invierno dejaba el "smog".

El padre de Judy había gruñido y luego sonreído, como si supiera de antemano que su suegro no le iba a dejar nada directamente, pero se conformaba con la dote de mil quinientas libras anuales que le dejaba a su mujer y la futura propiedad de Stone House, que era como llamaban a la casa grande de la familia, pero Judy debía irse a vivir a Stone House desde el momento mismo de leerse el testamento. A la muerte de la abuela, la casa pasaría a ser de su propiedad, con una dote de por vida de cinco mil libras anuales, lo que era más que suficiente para Judy.

Sin embargo, el grueso del tesoro que Charles Thallistable dejaba como herencia, deducidas las dotes que había asignado a otros miembros de la familia, incluida la que sería su viuda, iría a parar a las manos de Owen Jackson, una decisión que había

sorprendido a todos causando el desmayo de la alucinada viuda, a quién habían tenido que reanimar con sales.

—Por los clavos de Cristo, ¿cómo ha podido hacer tal cosa el viejo? —se había preguntado en voz alta Richard, el padre de Judy.

La condición *sine quanon* para que Owen Jackson se quedara con el grueso del dinero guardado en los bancos, estaba supeditada a que Owen se casara con Judy, condición que aún había sorprendido más a los herederos.

Judy se encogió dentro de la ancha cama. Colgada de la pared, una lámpara de gas encendida, pues en Stone House aún no se había instalado la electricidad por explícito rechazo de la abuela. Judy no quería apagar la lámpara pese a que su abuela le pedía cicateramente que apagara pronto la luz, que el gas costaba sus buenos peniques, pero la muchacha, en algunos aspectos, comenzaba a sentirse ya dueña de la casa.

"Si Owen fuera bueno, me hubiera casado a gusto con él", se había repetido por enésima vez en las noches que se le hacían largas, muy largas en el gran caserón repleto de muebles antiguos.

El abuelo Charles había sorprendido a todos nombrando principal heredero a Owen, su hijo bastardo, reconocido jurídicamente como tal. Una pensión de dos mil libras anuales habría parecido bien a todos, pero no, el abuelo había nombrado a Owen heredero principal, siempre, claro está, que se casara con Judy. De esta forma, el dinero quedaría unido a Stone House que heredaba Judy nominalmente, pero un punto del testamento especificaba que si la boda no llegaba a hacerse realidad, habría que esperar a que la nieta cumpliera los veintitrés años y entonces, solo entonces, se abriría la última parte del testamento que hasta tal fecha permanecería guardado en el banco donde se hallaba depositada la fortuna y nadie sabía lo que podía decir la última cláusula. El abuelo Charles era imprevisible, tenía la facultad de sorprender siempre, incluso con su muerte por asesinato.

"¿Cómo pudo matar a su propio padre, aunque Owen fuera un bastardo?", se preguntaba Judy cada noche.

Owen Jackson permanecía encerrado en la cárcel a la espera de juicio, pero todos, mentalmente y en cuchicheos, ya lo habían condenado a muerte.

—Será ahorcado, es lo que merece —dijo sin vacilaciones el

padre de Judy.

Como él pensaban todos, y nadie dudaba que el jurado daría veredicto de culpabilidad y el tribunal dictaría sentencia de muerte en la horca. Por tanto, la familia, viviendo de las generosas pensiones recibidas como herencia, debía aguardar pacientemente a que Judy cumpliera los veintitrés años, y para tal fecha, aún faltaban años, pues solo tenía diecinueve.

Judy estaba segura de que ni su padre ni su madre se habrían opuesto a su boda con Owen de no haber sido acusado este de la muerte de su propio padre.

Quizás la abuela Victoria sí se habría rebelado, pero, después de todo, la abuela no tenía tanto poder en la familia como en principio pareciera. El testamento del abuelo Charles no le había dado esa prerrogativa y por ello siempre estaba gruñendo, despotricando y de mal humor, aunque de cuando en cuando se detenía, ponía casi los ojos en blanco, se sonreía y decía a alguien que no estaba en la estancia ni siquiera en el mundo de los vivos:

"Tanto que querías a Owen, ¿eh? Pues él te mató. Tuviste un bastardo y él mismo te dio su merecido".

A Judy no le gustaba aquel ambiente. Stone House le parecía casi siniestra. El luto la envolvía y le desagradaban las visitas que recibía la abuela de otros familiares, algunos de ellos desconocidos para Judy que siempre había vivido en Inverness.

—Judy, hija, a partir de ahora deberás vivir en Stone House como quiso el abuelo.

—Mamá, Stone House no me gusta —había respondido ella.

—Stone House es muy grande y algún día, tú misma podrás restaurarla.

—Prefiero vivir con vosotros.

La madre había acariciado la cabeza de su hija, satisfecha por oírle aquellas palabras.

—Y a nosotros también nos gustaría que vivieras con nosotros, pero ahora, debes vivir en Stone House. La casa es tuya aunque ahora la abuela esté allí y mande ella, pero algún día, que Dios quiera que tarde mucho tiempo, tú serás la única dueña y podrás hacer lo que quieras en la casa.

—Para entonces, quizás hasta nosotros podamos ir a vivir a Londres —añadió el padre de Judy, entrando en la cocina donde

madre e hija estaban contándose sus cuitas.

—Claro que sí, papá, claro que sí.

El padre expulsó el aire de sus pulmones para luego decir:

—Tu abuelo nunca me perdonó que me casara con tu madre.

—Por favor, Richard, no digas eso.

—No prohibió la boda, pero después tampoco ayudó en nada. Tu padre era un hombre muy influyente en las finanzas y nunca quiso tenderme una mano para que tú pudieras vivir mejor.

—Estaba contrariado, él había deseado otro hombre para mí.

—Claro, como yo era poca cosa, solo el contable de una fábrica, no gocé nunca de su simpatía.

—Pues ya ves que al final, en el testamento, la elegida ha sido Judy. ¿Esperabas eso? Confiesa que no.

—Bueno, a ti no te ha dejado gran cosa. Judy se queda con el caserón que, coincido con ella, no me gusta.

—Pues lo venderemos —dijo Judy.

—Despacio, hija, despacio —pidió el propio padre—. Habrá que esperar a que tengas veintitrés años y entonces se verá la última cláusula del testamento. Hay que esperar para evitarse sorpresas desagradables —volvió el rostro hacia su mujer—. Tampoco estoy tan de acuerdo contigo. El elegido para gozar de la fortuna ha sido ese bastardo asesino, ya ves lo bien que sabía distinguir tu padre a la gente honesta.

—Por favor, Richard, no olvides que te estás refiriendo a mi difunto padre.

—La mujer que como fruto de sus correrías, de su adulterio, de su traición a la abuela, le dio el fruto de ese bastardo, fue mala, perversa. Estuvo en la cárcel y murió en un hospital de indigentes. ¿Por qué tuvo que reconocer a ese Owen como hijo natural suyo y luego darle herencia? Por supuesto que habríamos impugnado el testamento, no íbamos a tolerar que un bastardo heredara la fortuna del abuelo.

—Me siento mal, mamá, me siento mal, me voy a mi cuarto —había dicho Judy.

La joven heredera enfermaba cada vez que era testigo de aquellas discusiones sobre la herencia.

“Owen, Owen, Owen...”, repetía en su mente mientras trataba de derrotar al insomnio que la aterraba. Una noche de insomnio en

Stone House era insoportable, casi enloquecedora.

—¡Ah!

El grito que nacía en su garganta quedó ahogado antes de resbalar por su lengua y escapar entre la doble hilera de dientes perfectos y algo pequeños.

La ventana acababa de abrirse con violencia, como si un vendaval la hubiera reventado. El frío, con una lluvia helada, invadió la alcoba demasiado amplia de la joven. Era la hostilidad de la noche londinense, donde la lluvia trataba de vencer el “smog”, disolviéndolo para que se lo tragaran las alcantarillas y terminara en el Támesis, donde los peces se envenenarían sin que a nadie le importara.

No podía creerlo.

—¡Owen!

Judy se había sentado en la cama, terriblemente sorprendida al ver saltar a Owen dentro del dormitorio.

El hombre era joven pero su aspecto resultaba deplorable. Despeinado, sucio, las ropas mal cuidadas. Alto, de cabellos rubios, tenía una mirada fría, como pudiera ser la de un ángel derrotado por un diablo tras un duro y singular combate.

Judy aguantó la mirada de Owen. Este se llevó el índice a los labios pidiéndole silencio.

La imagen del hijo bastardo de su abuelo, el hombre que debía haberse casado con ella por voluntad y exigencia del testamento, la impresionó vivamente.

Owen siempre le había gustado. Para la jovencita de cualquier familia, era un hombre poderosamente atractivo, envuelto en el misterio de lo prohibido, fruto de unas censurables relaciones extraconyugales, pero Judy no se atrevía a confesarse a sí misma sus ocultas pasiones. Su educación había sido muy estricta y severa, como la de cualquier joven de herencia victoriana; por ello, al llegar la noche, él “smog”, la complicidad de las tinieblas y los anonimatos, aparecían tantos doctores Jekylls y míster Hyde.

¿Cuántas veces, al pasar junto a Owen, al que la familia no quería dar parentesco y prefería referirse a él llamándole simplemente el protegido del abuelo, un joven que más tarde o más temprano quedaría con una pensión adecuada y con el rango de mayordomo, como mucho, Judy había sentido el deseo de que las

manos de él se acercaran a ella para cogerla por la cintura, palpar sus caderas, acariciar su busto, recorrer sus piernas temblorosas y sentir así escalofríos en el vientre?

Una mujer educada en la rígida moral británica no podía sentir lo que ella había sentido cuando tenía a Owen cerca y mucho menos después de que Owen fuera acusado de la muerte de su padre natural. Estaba a la espera de que un jurado le declarase culpable y el juez sentenciara que debía ser ahorcado.

Todo pasaba muy deprisa por la mente de Judy, tan aprisa que al cruzar Owen por su alcoba sin decir palabra, entrando por la ventana, como si formara parte de la tormenta y desapareciendo después por la puerta, la muchacha ya no estaba segura de si lo había visto o era parte de una extraña pesadilla en la que elle se veía a sí misma despierta, sentada en la cama.

De la prisión de Londres, un acusado de asesinato no podía escapar. Por lo tanto, ¿qué hacía Owen en Stone House?

Un grito largo y agudo, un grito que sin duda alguna había brotado de la garganta de la abuela Victoria, la sacudió.

¿Había estado soñando y ahora volvía a la realidad, o acaso sí había pasado por delante de sus ojos el, según todos, asesino?

CAPÍTULO II

El alcaide, junto al cual estaba el capitán de prisiones, miró entre estupefacto y burlón al inspector de Scotland Yard.

—¿Me está preguntando si el preso preventivo Owen Jackson ha salido de la cárcel sin que nadie lo sepa?

—Bueno —el inspector Muller vaciló—, tengo testigos que están dispuestas a jurar que lo han visto.

El alcaide se volvió hacia el oficial jefe de prisiones.

—Capitán...

—¿Señor?

—Acompáñenos a ver al preso Owen Jackson.

El oficial jefe dio órdenes lacónicas y precisas por un teléfono interior y poco después, los tres hombres se internaban por los corredores donde se hallaban las celdas.

Caminaron casi entre penumbras. Allí no parecía que jamás entrara el sol y menos en un día nublado como aquel.

—Me preocupa esta situación, alcaide. Tenga en cuenta que ese Owen Jackson está acusado de dar muerte a su padre natural, padre que, por cierto, le reconoció legalmente y que por lo visto le incluía beneficiosamente en su testamento.

—Sí, conozco algo de ese caso, inspector —respondió el alcaide sin dejar de andar mientras el oficial de prisiones, más alto que los otros dos hombres, prolongaba más su vista. Parecía que solo con la mirada daba órdenes a los celadores que encontraban a su paso, vigilantes que abrían y cerraban puertas de rejas con sonoros chasquidos, dando siempre sensación de gran seguridad. Aquellos chasquidos de cerraduras, los gruñidos de las bisagras que jamás se engrasaban para que delataran siempre la puerta que se abría, producían una sensación de agobio y claustrofobia a los encerrados.

Dolor, desesperación, rabia y planes de venganza se generaban tras las puertas de las celdas, pero a los vigilantes, aquellas mentas febriles que allí encerradas en soledad y tormento se desquiciaban, les importaban muy poco. Si aquellos seres lograban salir en libertad, ¿qué impostaba que volvieran a la cárcel? Continuarían

justificando la existencia de la cárcel misma y del salario que se pagaba a los carceleros cuya única función parecía ser la de vigilar torturando a quienes habían cometido delito.

No había regeneración posible, solo desmoronamiento moral, aplastamiento de personalidades, el hundimiento hasta la degeneración mental. Solo los fuertes conseguían llegar al día de la libertad, pero ser fuertes no significaba ser más humanos o estar rehabilitados, quizás podía significar todo lo contrario.

Un vigilante con las llaves en la mano se situó frente a una celda con puerta de plancha metálica con mirilla.

—Esta es la celda —señaló el vigilante.

—Ábrala —ordenó tajante el capitán.

El oficial de prisiones, con autoridad, seguro de que los presos iban a temblar con su sola presencia, entró en la celda. Solo un paso, no era muy grande. Había dos literas, un lavabo y un retrete.

Dos hombres le miraron, uno con ojos negros, desafiantes, un sujeto alto y fuerte con los brazos completamente tatuados con una bella mujer desnuda envuelta por una enorme serpiente pitón. Su cabello era pelirrojo y muy rizado y su mandíbula, grande y agresiva.

—Tú, irlandés, a la derecha y firme.

—Sí, capitán —asintió el preso pelirrojo.

El otro preso era rubio, de ojos claros y más alto de lo normal. Mucho más joven que su compañero de celda, tenía aspecto de casa bien, él no pertenecía al mundo de los barrios bajos.

—Owen Jackson…

—Sí.

—“Sí, capitán” —le corrigió el oficial de prisiones.

—Sí, capitán —repitió el prisionero—, pero todavía no estoy peinado y…

La mano dura del oficial cruzó el rostro del rubio Owen haciéndolo girar y arrancándole un hilillo de sangre del labio inferior.

—La próxima vez que hables sin que yo te lo ordene, probarás unos cuantos azotes y te aseguro que no te van a gustar. Tengo entendido que aún no has sido azotado, que tu espalda todavía está intacta.

—No sea duro con él, capitán —le pidió el inspector de Scotland

Yard—. El gran jurado todavía no ha dado su veredicto.

—Cuando llegan aquí, para mí ya son escoria y como tal los trato. Yo conozco bien a esta basura inmunda a la que tengo el deber de vigilar, son muchos años de experiencia. Todos los que entran aquí para ser ahorcados o para pasar años encerrados es porque no han sabido asumir la disciplina. La disciplina es la piedra madre del imperio.

—El capitán sabe muy bien lo que hace, inspector —aprobó el alcaide—. Ahora, mire a su hombre. Le reconoce, ¿verdad?

—Por supuesto, es Owen Jackson, yo le interrogué.

—Sin obtener mi confesión —puntualizó Owen.

—¡Cállate! —ordenó el capitán.

—¿Seguro que no ha salido de esta celda?

El capitán se rio levemente, sarcástico.

—¿Quiere quedarse aquí en su lugar y comprobar que no se puede entrar y salir como si se fuera a la ópera?

—Bien, bien, tenía que comprobarlo y ahora estoy más preocupado.

—¿Por qué? Aquí, el preso está muy seguro —le dijo el capitán casi con arrogancia.

El inspector se fijó más en Owen que le sostuvo la mirada. Luego, le preguntó:

—¿Acaso tienes un hermano gemelo?

—¿Hermano gemelo? —repitió Owen como desconcertado—. ¿A qué viene eso ahora, inspector Muller?

—Siempre he pensado que los bastardos sois un problema y un enigma.

—Los bastardos no tenemos culpa de serlo —replicó Owen Jackson.

—Cállate —volvió a ordenarle el capitán de prisiones.

—Déjele, déjele, quizás no sepa que trato de ayudarle.

—¿Ayudarme, inspector Muller? Usted fue el que me encerró aquí, usted es el que quiere llevarme a la horca. ¿Acaso porque es un bastardo también?

El capitán le propinó un revés en el rostro que ladeó la cabeza del joven y atractivo Owen.

—Parece que no quiere colaborar —el inspector Muller hundió las manos en los bolsillos de su abrigo como si tuviera frío o como

si con aquel gesto quisiera indicar que sus manos no eran las que pegaban al prisionero, al hombre que tendría que presentarse delante de un jurado y si le declaraban culpable, sería llevado al patíbulo.

—Muchacho, si recuerdas algo sobre un hermano, gemelo o no, me haces llamar, pero date prisa, porque cuando el jurado dicte su veredicto ya no habrá quien te salve de la horca.

—Cuando me llamaron bastardo por primera vez y comprendí que oficialmente lo era, supe que mi vida no sería muy larga y la muerte, violenta.

—No seas tan pesimista, Owen. Los perros bastardos que son listos pueden vivir muchos años.

Al dar la vuelta el inspector Muller, todos dieron por terminada la visita al preso. Se cerró la puerta de la celda y ya fuera, el alcaide preguntó:

—¿Qué es esa historia del hermano gemelo, inspector?

—No sé, no sé, tengo que hallar explicación a un enigma.

—¿Qué es lo que en realidad le preocupa, inspector? Seguro que a Owen Jackson se le sentenciará a muerte.

—Sí, eso creo yo, pero, hay algo que no me gusta. No puedo decir mucho aún, pero les ruego que vigilen bien al preso. Quizás el fiscal les cite en el juicio para asegurarse de que no ha salido de esta cárcel por ningún motivo.

—¿Todavía duda de la vigilancia que ejercemos sobre ese condenado, lo mismo que sobre los demás?

—Alcaide, si usted lo autoriza, sería yo quien fuera al juicio para atestiguar que en ningún momento ha salido de la prisión, y ya me encargaré de que en adelante ni siquiera salga de su celda. ¿Satisfecho, inspector?

El alcaide puso su mano sobre el hombro del policial y, tranquilizador, le dijo:

—No se preocupe, el caso ya no está en sus manos, ahora es cosa del fiscal, del juez y del jurado. Luego volverá a ser cosa nuestra.

—Como siempre que nos traen un asesino sentenciado —completó el capitán de prisiones.

CAPÍTULO III

—Bueno, hoy se encuentra mejor —dijo casi paternalmente el doctor Trammel tras tomar el pulso de la anciana que se hallaba hundida en su lecho, casi fundida entre los grandes almohadones de plumón de cisne.

—No estoy loca, doctor, no estoy Loca. El bastardo estuvo aquí para asesinarme, me odia, me odia.

El médico suspiró. Tomó la mano de la anciana y le dio unas palmaditas tranquilizadoras sobre el dorso.

—Nadie va a hacerle ningún daño. Owen está en la cárcel.

—¡No está en la cárcel! —se volvió hacia su nieta—. ¿Verdad Judy que Owen estuvo en esta casa?

—Sí, abuela.

—Debió ser alguien que se le parecía —dijo la recia ama de llaves desde el umbral de la puerta.

Judy estuvo a punto de replicarle pero no lo hizo, temía a *mistress* Pauline. La veía imponente, más alta y fornida que ella. Tenía un carácter férreo y todo en su rostro y en sus gestos transmitía mando. Judy era la nueva dueña de Stone House; sin embargo, le daba la impresión de que la auténtica dueña ante la debilidad de la abuela Victoria era el ama de llaves.

—¡No! —replicó la anciana—. Era él, le conozco muy bien, era él.

—Si usted lo dice, así será, pero había tormenta y la noche es tan engañosa como las promesas de un hombre.

Judy oyó aquellas palabras y con ingenua mala intención, preguntó:

—Creí que usted no sabía nada de hombres, *mistress* Pauline.

—Que no me haya casado no significa que no sepa como son los hombres, señorita Judy.

—Bueno, bueno —rio forzadamente el médico que aún estaba en la alcoba—, no somos tan malos. Hay hombres que engañan y mujeres que hacen lo mismo. De todos modos, se le perdona menos al hombre que mienta que a la mujer. Ahora, si me disculpan, tengo

otros enfermos que atender. *Miss* Judy, haga el favor de acompañarme.

Salieron del dormitorio. En una salita, el médico procedió a extender una receta.

—Que alguien pase por la farmacia y le preparen este medicamento. Vierta media cucharadita de estos polvos blancos en el tazón de leche por la mañana y lo mismo por la noche. Pasado mañana volveré para ver cómo sigue, lo importante es que se calme. A su edad y después de los disgustos pasados y los que ella espera aún es mejor que esté tranquila.

Judy comprendió que lo que haría es ir dándole un sedante a su abuela por orden médica. Aquello no le disgustó. La abuela Victoria tampoco la miraba bien a ella, se sentía traicionada por su marido asesinado.

Había llegado a pensar que la casa siempre sería suya, pero ahora, Stone House pertenecía a Judy aunque ella tenía derecho de usufructo mientras viviera, pero lo que no podría hacer sería someter a la familia con el poder de decidir a quién legaría Stone House. Todos la habrían obedecido como solía ocurrir en aquellos casos a la espera de la herencia, pero no, su marido se había empeñado en proporcionarle un disgusto tras otro.

—La señora está muy anciana, no es bueno crearle pesadillas.

Las palabras del ama de llaves desconcertaron a Judy.

—No estará sugiriendo que me he inventado la aparición de Owen, ¿verdad?

Resultaba difícil saber si aquella mueca en el rostro de la adusta *mistress* Pauline era una sonrisa o no.

—La señora puede tener pesadillas, es normal después del asesinato del señor, pero lo que no es bueno es decirle que no ha sufrido una pesadilla, sino que lo que ha visto es verdad, lo cual es imposible porque el asesino del señor está bien encerrado.

—Yo también le vi.

—¿Sí? Pues el comisario Muller se ha asegurado de que Owen sigue bien encerrado en prisión a la espera de que el jurado le declare culpable.

—Sí, sí, puede ser.

—¡Puede, no! Está encerrado y no ha salido de la cárcel, claro que las dos podían haber tenido la misma pesadilla, sé que es difícil

pero puede llegar a ocurrir. Ella, en una pesadilla, lo ve como el asesino que es y que la acosa y usted, en sus sueños, quizás le ve de otra manera. Después de todo, iba a casarse con él, ¿no es así?

—No, no es así —replicó molesta. Recobrando energías, dejó a un lado su inicial desconcierto para puntualizar—: No he dicho nunca que fuera a casarme con Owen, eso fue idea del abuelo que así lo expresó en su testamento.

—Pues esa boda no se celebrará jamás porque Owen será ahorcado como merece.

—Yo no soy la justicia, solo soy la nueva propietaria de Stone House.

—Sí, así quedó claro en el testamento, pero la señora me comunicó que mientras ella viviera yo sería el ama de llaves. Después de todo, la que me paga el salario es ella.

Judy deseó replicar que rezara porque la vida de la abuela se prolongara muchos años, pero se contuvo, era mejor no enemistarse abiertamente con aquella mujer que conocía la casa mejor que ella.

—No es mi intención cambiar nada en Stone House, podría decir que ni siquiera me agrada vivir aquí.

Le dio la espalda y se alejó. Le resultaba difícil escapar a la influencia de aquella mujer dominante que la miraba a ella como una intrusa. El futuro era incierto. ¿Cuánto podía vivir aún la abuela Victoria? ¿Qué pasaría cuando ella cumpliera los veintitrés años y fuera abierta la última parte del testamento, puesto que no se iba a casar con Owen? Antes de ser juzgado, todos le daban ya por ahorcado.

Aquella tarde, en uno de los dos automóviles que poseía la familia, arribó el padre de Judy a Stone House. Al ver a su hija, la abrazó efusivamente.

—¿Por qué no ha venido mamá?

—No se encuentra muy bien, quizás venga dentro de unos días. Prefiere no estar en Londres cuando juzguen a ese bastardo. Después de todo, ella no es testigo de cargo y, que se sepa, no va a ser citada en el juicio.

—¿Por qué no me dices la verdad, papá?

—¿La verdad, a qué te refieres?

—Mamá le tiene miedo a la abuela.

—Bueno, ese asunto hay que dejarlo reposar. Mamá ha recibido

muchos disgustos en esta casa donde nació. Ya sabes, a sus padres no les gustó que se casara conmigo, por eso solo ha heredado una pensión cuando ella debía ser la heredera.

—Lo siento, papá, yo…

Richard Dawning volvió a abrazar a su hija.

—Nadie te culpa a ti, Judy, nadie. Después de todo, la herencia queda en la familia y más después de que ahorquen al bastardo.

—Prefiero no hablar de ese tema, pero sabes que queda una cláusula en la caja fuerte del banco hasta que yo cumpla veintitrés años.

—Sí, pero creo que todo irá bien. Después de todo, en descendencia directa de los Thallistable solo quedáis tú y tu madre. Ahora, tú ya eres la dueña de Stone House.

—La dueña de Stone House sigue siendo la abuela.

—¿La abuela? No, hija, la propiedad es tuya aunque no puedas venderla mientras ella viva.

—Ya sabes cómo es la abuela, papá, y tengo que contarte lo sucedido.

La miró interesado, ignoraba lo ocurrido con la aparición de la noche anterior.

En pocas palabras, Judy le contó lo sucedido añadiendo que la abuela Victoria se encontraba indispuesta.

—Pero el doctor dice que se recuperará. He de darle unos sedantes.

—¿Sedantes? Sí, claro, será lo mejor. La abuela siempre ha sido una histérica. Mejor sedada mientras yo esté en Stone House, no quiero tener disgustos con ella. Cuídala, hija.

—Naturalmente, papá.

—¿Y dices que tú también viste a Owen?

—Sí, yo dormía.

—Eso es, dormías —le cortó rápido y contundente—. A veces, los sueños se confunden con las realidades. Owen está bien encerrado y no le dejarán salir hasta que esté dentro del ataúd con la cuerda alrededor del cuello.

—No ha sido juzgado aún, papá.

—Para todos es como si ya hubiera sido sentenciado. Es culpable y no merece otra sentencia que la horca.

—¿Y si no hubiera sido él el asesino?

—¿Qué locuras se te ocurren? Tonterías, hija, tonterías. En Stone House se pueden tener muchas pesadillas. Si esta casa fuera mía… —miró en derredor como valorándola—. Yo sé que vale mucho, pero la vendería y construiría una casa nueva, sin recuerdos, una casa limpia y aséptica. Aquí he recibido demasiadas humillaciones.

—Stone House no se va a vender.

—¿Por qué no?

—El abuelo Charles deseaba que esta casa continuara siendo de la familia, por eso pretendió que Owen y yo nos casáramos.

—Pero, hija, el bastardo solo es un asesino, el abuelo no supo verlo y le costó la vida. Tú ya no eres una Thallistable. Cuando muera la abuela Victoria, arreglaré todos estos asuntos.

—Papá, todo esto tendré que decidirlo yo.

Richard Dawning debió ver en los ojos de su hija tal resolución que evitó seguir expresando sus propósitos.

—Ahora me llevarás a ver a la abuela. Aunque tenga que oír de su boca algún inconveniente, he de visitarla, es la matriarca de la familia. Cuando ella muera, será el fin de los Thallistable y comenzará el reinado de los Dawning.

—Yo soy las dos familias, papá.

—Sí, claro, pero Dawning es tu apellido paterno. Mejor no sigamos con esta conversación, hija. Llévame a ver a la abuela y, por favor, no hables más de apariciones, no es conveniente. Sería como darle armas al abogado defensor del bastardo. Tiene el caso perdido, pero esos picapleitos saben armar mucho ruido si les interesa.

Judy comenzó a pensar que la aparición de Owen en su alcoba sí podía deberse a una pesadilla en mitad de la tormenta. Stone House imponía. En aquella enorme residencia solo se habrían sentido cómodos algún tiempo el asesinado Charles Thallistable y la abuela Victoria que parecía esperar a la muerte atormentada por el miedo, hundida y como oculta dentro de su mullida cama.

CAPÍTULO IV

—Cúmplase la sentencia en nombre del rey —anunció una voz rotunda que rebotó contra las paredes de granito oscuro y rugoso.

La lóbrega sala del patíbulo estaba iluminada por dos pálidas bombillas amarillentas que pendían de un cordón eléctrico del techo.

Owen, alto, rubio de rostro casi anguloso pese a tener una mandíbula prominente, de labios algo finos y ojos grandes, miró en derredor. Su tez estaba gris, como si ya fuera parte de la misma muerte.

El verdugo, más alto, hercúleo, velludo de rostro, puso la capucha al reo ocultándole el rostro. La capucha quedó pegada a la cabeza y el verdugo le colocó entonces el lazo. Ajustó la soga alrededor del cuello dejando el nudo al lado derecho.

Se apartó para acercarse a una palanca y buscó con la mirada a alguien que permanecía entre las tinieblas de uno de los rincones de la sala en la que había escaso público.

La mano grande y férrea haló de la palanca y la trampilla se abrió bajo los pies del reo.

Owen Jackson se fue hacia el fondo, hacia el abismo de la muerte y el más allá. La soga se tensó y dio un fuerte tirón al no dar ya más de sí. Por debajo del patíbulo de madera aparecieron unos pies girando lentamente.

—¡Ah! —el grito brotó de la garganta de Judy.

Sentada en su cama, respiraba agitadamente, todavía atenazada por el espanto de la pesadilla. No podía soportar el hecho que su mente le avanzaba: La horrible muerte de Owen en el patíbulo, un final que todos esperaban.

—Owen, Owen —gimió.

Se estaba confesando a sí misma que amaba al bastardo de su abuelo, el hijo de una mujer que ella no había llegado a conocer. El hijo de una zorra que había enloquecido de amor a Charles Thallistable haciéndole olvidar su fidelidad y deberes conyugales.

Cuando el padre de Judy debía pensar que su hija era feliz por

haber heredado Stone House, ella gemía en soledad, negándose a aceptar la dura realidad. El hombre que amaba sería ajusticiado como el más vil de los asesinos. Judy no podía confesar a nadie aquel amor.

Notó un frío intenso y entonces observó que la ventana que daba al pequeño jardín que separaba el edificio de la calle se hallaba abierta y ella recordaba muy bien que estaba cerrada al acostarse. Abandonó la cama poniéndose una bata para acercarse a la ventana y cerrarla. Sacudió la cabeza. El cabello caía largo y abundante sobre sus hombros y espalda. Observó que la puerta de su alcoba estaba entreabierta, lo que también resultaba extraño.

Solo iluminada por la luz que entraba por el ventanal tamizado por los visillos, una luz clara y abundante, sin duda de un gran plenilunio, se fijó en la puerta y fue hacia ella.

Estaba entreabierta.

Su corazón aceleró sus latidos. Todo ocurría como la vez anterior en que Owen había aparecido en Stone House pese a hallarse encerrado en la cárcel, a la espera de ser juzgado.

Como si una corriente de aire la envolviera, su vaporosa bata tremoló. Ella misma parecía flotar cuando salió al largo corredor.

Ella sabía que en Stone House solo estaba la abuela Victoria, su propio padre Richard Dawning, el ama de llaves y los criados que dormían arriba en el desván, demasiado lejos para poder enterarse de algo si no se les avisaba con el llamador de campanillas que seguía sin ser reemplazado por un avisador eléctrico.

Como sumergida en una corriente de aire gélido, se desplazó por el corredor. Le descubrió junto a la escalera, la lámpara que permanecía siempre encendida sobre el rellano lo iluminó perfectamente.

—Owen…

El joven rubio volvió su rostro hacia ella. No dijo nada y descendió las escaleras con rapidez, como si hubiera sido sorprendido sin desearlo.

—¡Owen! —volvió a llamar Judy mientras corría hacia la escalera y el frío se hacía más intenso, tanto que incluso sintió dolor en sus fosas nasales al respirarlo.

Al llegar al borde alto de la escalera, miró hacia abajo. Owen ya había llegado al salón.

—¡Owen!

Nerviosa, miró a un lado y a otro como buscando ayuda; sin embargo, era consciente de que no podía pedirla. No podía gritar que Owen estaba allí porque la policía aparecería para aprehenderlo.

Bajó la escalera corriendo. Quería averiguar el lugar por dónde Owen entraba y salía a su antojo. Atravesó el salón. Podía correr hacia el gabinete, hacia la biblioteca o hacia la puerta que descendía a la cocina y a los sótanos donde se guardaba el carbón, la leña y las cajas de vino que Charles Thallistable fuera comprando en vida.

Al pasar junto a la biblioteca, la puerta se abrió con mucha rapidez. Una mano férrea la cogió por un brazo y de un fuerte tirón la hizo entrar en la estancia, cerrando la puerta después.

—¡Owen! —casi gritó.

Judy se vio sumida en la oscuridad, de tal manera que habría sido lo mismo que le vendaran los ojos con una cinta negra y muy gruesa.

Se sintió abrazada con fuerza. Su olfato se llenó de olor a hombre y se sintió más atrapada por sus propios sentimientos que por los brazos que la estrechaban con rudeza.

Una boca grande, ávida, buscó su rostro. Encontró sus labios y los besó con apremiante violencia, con una desesperación insólita, solo comprensible en un hombre largo tiempo encerrado.

—Owen, Owen —suplicó Judy mientras la boca de él trataba de cerrar la suya. Quiso zafarse de aquel abrazo que la apresaba y sometía pero no lo consiguió.

—Owen, Owen, sé lo que sufres, te creo, te creo, pero ahora, ahora…

No hubo respuesta a sus palabras. El hombre dobló con fuerza el cuerpo femenino haciéndolo caer hacia atrás hasta depositarla boca arriba sobre el suelo.

—¡No, Owen, no! —gritó.

Las manos ávidas abrieron el salto de cama buscando los pechos femeninos que atrapó y estrujó hasta que ella gritó de dolor.

—¡Déjame, déjame! —suplicó Judy en la oscuridad.

Notó que él le separaba las piernas con sus rodillas y ella no podía evitarlo, su fuerza era insignificante frente a aquel vendaval

de pasión que la mantenía boca arriba, dejándola totalmente indefensa.

El miedo se apoderó de Judy. Sus defensas se deshacían ante las evidentes intenciones del hombre.

Ella amaba a Owen, ya se lo había confesado a sí misma, por ello rezaba porque saliera declarado inocente en el juicio pese a que todos deseaban que el bastardo fuera ahorcado.

—¡Owen, te lo suplico!

Sus súplicas no sirvieron de nada y Judy tampoco estaba segura de que deseara ser atendida.

Poco sabía ella del amor físico, de la unión de los sexos, de la penetración del macho en la hembra. Sintió una mezcla de dolor y placer al romperse su virginidad, al sentirse llena de él y sacudida con fuerza.

Su oscuridad se llenó de extraños colores que como fuegos de artificio caían candentes sobre sus ojos. Sintió mucho calor, gemidos y rugidos que la aturdieron. Luego, su cara fue apresada entre las dos manos masculinas y recibió un beso en la boca.

El peso desapareció, él ya no estaba sobre ella. Se sintió liviana y agotada a un tiempo. La puerta volvió a abrirse y la figura del hombre desapareció por ella.

—Owen…

Comenzó a sollozar. Como cualquier mujer, deseaba amar y entregarse al hombre que amaba, pero lo que había sucedido era otra cosa, no lo deseaba, pero había ocurrido y no podía volver el tiempo atrás.

Apretó los puños, dio vuelta sobre sí misma y comenzó a golpear el parquet con sus puños, gimiendo rabiosa.

CAPÍTULO V

Cuando la luz entró con fuerza por la ventana del amplio dormitorio en que se hallaba instalada, Judy despertó y la luz le lastimó los ojos.

Con los párpados cerrados y escondiendo el rostro dentro de la cama, tuvo la sensación de que despertaba de una pesadilla.

—Dios mío, ¿habré soñado?

Al moverse, sintió una mezcla de dolor y escozor que la devolvió violentamente a la realidad.

—No ha sido un sueño.

Se abrió la puerta del dormitorio. Entreabrió los ojos y junto a la cama descubrió a la casi odiada *mistress* Pauline, el ama de llaves.

—Sí, sí, ya me levanto —dijo sumisa cuando ella era la dueña de Stone House y la dominante ama de llaves, una asalariada.

—*Miss* Judy, tiene que venir conmigo enseguida.

—¿Qué sucede?

—Algo muy doloroso. Por favor, póngase la bata y sígame.

—Pero ¿qué pasa? —insistió.

Saltó del lecho y al ponerse en pie y dar los primeros pasos, volvió a constatar que lo sucedido en la biblioteca no había sido un sueño.

Cubriéndose pon la bata, siguió a la dominante y ahora enigmática *mistress* Pauline que la condujo hasta la escalera.

Descendieron al salón y luego, por un pasillo, fueron al gabinete que daba al ala oeste de Stone House.

Mistress Pauline se detuvo frente a la puerta. Asió la manecilla con fuerza y se volvió hacia Judy que en todo momento había estado tras ella.

—Sé que lo que va a presenciar le va a doler mucho —dijo—, es muy desagradable. Tenga valor.

—Pero ¿qué ocurre?

La respuesta del ama de llaves fue abrir la puerta para que viera el gabinete donde solía trabajar el abuelo Charles en vida.

La luz del día se filtraba por la cortina iluminando la estancia.

La ventana estaba cerrada y en su parte exterior había rejas. Daba la sensación de que por allí había pasado un vendaval. Dos sillas y una butaca estaban caídas, había libros, papeles y objetos del escritorio por el suelo.

Los ojos de Judy se clavaron en el hombre que estaba medio sentado medio encogido contra la base del escritorio. Tenía la cabeza abierta y el rostro manchado de sangre.

—¡Papá! —gritó.

Sintió un terrible mareo y todo dio vueltas a su alrededor. *Mistress* Pauline, que estaba muy cerca de ella, le sujetó por el brazo y con voz dura, siempre dominante, le dijo:

—No se desmaye ahora. Hay que llamar a la policía, a su señor padre lo han asesinado.

—Dios mío, ¿quién, quién? —se preguntó Judy saliendo del gabinete.

Ya en el corredor, apoyó su espalda contra la pared para así evitar caer al suelo.

—Debe ser fuerte, muy fuerte. La vida es desagradable, trágica a veces, como ahora. Esta casa está manchada de sangre.

—Llame, llame a la policía enseguida —gimió trémula. El frío la había atenazado. No pudo resistir más y perdió el sentido, ni siquiera tuvo conciencia de que caía al suelo.

* * *

Desde cierta distancia, el inspector Muller contemplaba el cadáver de Richard Dawning mientras uno de sus ayudantes lo fotografiaba y tres más inspeccionaban el gabinete buscando rastros que pudieran facilitarles alguna pista.

—No hay mucha cosa, inspector Muller —le dijo su más veterano ayudante.

—¿Con qué le han partido la cabeza? —preguntó el inspector mientras llenaba pacientemente la cazoleta de su pipa, una pipa que más que para fumar parecía servirle para meditar, para tardar en hacer preguntas y mucho más para dar respuestas.

—Sin duda lo han matado con el pisapapeles de cuarzo y plata que hemos encontrado en el rincón, y no entiendo por qué en el rincón.

El propio inspector Muller opinó:

—Sin duda porque después de cometer el crimen el asesino lo arrojó lejos. Creo que el asesino, en principio, no quería matar. Ha entrado aquí para llevarse algo.

—Los cajones están abiertos —asintió el veterano ayudante Walter Hensen.

—Sí, y todos revueltos. Es posible que se haya llevado algo, nos tienen que decir que es lo que puede faltar.

—Por la ropa que lleva la víctima, pijama y bata de lana, pudo bajar al oír ruidos y sorprendió al ladrón en plena faena. Se enfrentaron y el asesino mató a míster Dawning.

El inspector Muller suspiró levemente antes de llevarse la pipa a los labios.

—Parece simple, pero me da la corazonada de que este crimen tiene mucho misterio, como la casa.

—No me gustaría vivir en Stone House, señor.

—A mí tampoco. Parece ser que en los últimos tiempos los crímenes se prodigan aquí, es como si Satanás la estuviera apuntando con su maligno dedo. Sigan, sigan buscando alguna pista que pueda conducirnos al asesino.

—Por ahora, solo sabemos que el asesino es un hombre fuerte y alto que golpea con mucha saña. La víctima tiene marcas de más golpes y es posible que el asesino también recibiera golpes.

—¿Cree que si lo viéramos ahora podríamos detectar esos golpes en su cuerpo?

—Es posible, señor. Los nudillos de la víctima están ligeramente desollados, eso indica que también dio puñetazos y si los dio en el rostro de su asesino, mal los va a disimular.

—Muy interesante. Sigan, sigan buscando, voy al salón.

En el salón estaba la asustada Judy frente a un gran tazón de leche con café y unas tostadas que no había probado. Tenía la tez muy pálida. Los ojos del inspector buscaron los suyos y Judy rehuyó la mirada inquisitiva del hombre de Scotland Yard.

—¿Le molesta que fume?

—No me gusta, pero haga lo que mejor le parezca.

—Gracias. Apagaría la pipa pero acabo de encenderla. Le prometo fumar con poco humo y no volver a llenar la pipa.

—Haga lo que le parezca, ya se lo he dicho.

—Entiendo que se encuentre muy mal. Ha debido ser muy

trágico para usted descubrir el cadáver de su padre.

—Lo ha descubierto *mistress* Pauline, preferiría no haberlo visto —gimió levemente y prosiguió—: Jamás podré olvidarlo, jamás.

—Ha de hacerse fuerte frente a la desgracia, señorita, aunque sé que es mucho pedir. Primero asesinaron a su abuelo, ahora a su padre, es como si hubiera caído una maldición sobre Stone House.

—No me gusta esta casa.

—Es lógico que no le agrade, pero ahora es de su propiedad. ¿Por qué cree que han matado a su padre?

—No lo sé, no entiendo nada, nada.

—Hemos comprobado que ninguna puerta ni ventana ha sido forzada. Es como si el asesino pudiera entrar y salir de Stone House con completa libertad.

—El ama de llaves es quien se encarga de cerrar puertas y ventanas al anochecer.

—Señorita, tengo la impresión de que usted sabe algo.

—¿Yo? —exclamó casi asustada.

—Sí, sus ojos la delatan. No debe olvidar que la víctima del bárbaro asesino es su padre.

—Sí, sí, mi padre —bajó la cabeza y alargó las manos para coger el tazón de café con leche, pero no se lo llevó a los labios, fue como si buscara en él algo de calor. En Stone House seguía haciendo frío.

Cuando Judy volvió a levantar la vista, se encontró con los ojos del inspector Muller, grises y fríos, que aguardaban.

—Estuvo aquí.

—¿Quién estuvo aquí?

—Él.

Ante la lacónica respuesta, el inspector de Scotland Yard trató de precisar más. Ya intuía lo que la muchacha quería decirle, pero necesitaba oírlo de sus propios labios y no solamente imaginarlo.

—¿Quién es él? ¿Owen, acaso?

Parecía como si un pañuelo de seda se le hubiera enredado dentro de la garganta impidiéndole articular una respuesta clara y sencilla.

Aunque al mirarla pudiera parecer pacífica aunque algo nerviosa, Judy era una turbulencia de confusión. Amaba secretamente al bastardo, pero también creía odiarle después de que la hubiera violado, porque se sentía violada. Aquella no era la

forma en que Judy hubiera deseado entregarse en sus brazos para que la hiciera suya. Todo había sido violento, sucio. Judy le odiaba, con un gran temor de poder llegar a perdonarle, pero luego estaba el terrible asesinato y aquello no podía pasarlo por alto.

—¿Qué le sucede, *miss* Judy, se encuentra mal? ¿Quiere que avise a alguien?

—¿Desea que le prepare algo más? —preguntó el ama de llaves, apareciendo en aquel momento.

El inspector Muller miró a *mistress* Pauline y para sus adentros opinó que aquella mujer demostraba un gran dominio sobre sí misma. Ni el color de su piel, el contorno de sus ojos ni el rictus de sus labios delataban nerviosismo alguno.

Observó que era bastante alta y de aspecto fuerte. Las hombreras que llevaba en su vestido la hacían más ancha de espaldas aún.

—No, no, ya me encuentro mejor —dijo Judy con voz apagada.

Ella había recibido duros golpes en las últimas horas, pero además había una gran diferencia entre las dos mujeres. Judy corría el riesgo de quedar bajo el dominio de la que ya era su empleada.

—¿Le importa aclararme lo que ha querido decir antes? —insistió el inspector Muller.

La presencia del ama de llaves no cortó a Judy que al fin dijo:

—Owen estuvo aquí anoche, yo le vi.

—¿Está segura de lo que dice?

—Increíble, el bastardo otra vez —musitó el ama de llaves.

—Debió confundirse usted, *miss* Judy —le dijo calmoso y casi paternal el inspector de Scotland Yard.

—Yo le vi, le vi, puedo jurarlo.

—¿Y si me aseguran que no pudo salir de la cárcel? —insistió paciente, como si hablara con una niña a la que trataba de convencer con razonamientos simples pero aplastantes.

Con voz reconcentrada, *mistress* Pauline sentenció:

—Tenía que ser así. Primero intentó asesinar a la señora y ahora, ha matado al padre de *miss* Judy.

—Ha de haber una confusión —replicó el inspector siempre paciente—. Me han asegurado que Owen no puede salir de la cárcel.

—Pues yo le vi aquí en la escalera, puedo jurarlo —insistió Judy.

—En ocasionas, cuando se está preocupado, se puede llegar a

confundir una pesadilla con una realidad.

—No estoy confundida —repitió con firmeza—. Él estuvo aquí.

—La señora Thallistable puede atestiguar que la otra noche también estuvo aquí, intentó asesinarla.

El inspector Muller suspiró sin saber qué decir. Eran dos testimonios, pero cualquier abogado podría rebatirlos fácilmente: Una anciana asustada que creía verse asaltada en la noche por el hijo bastardo de su marido que además lo había asesinado y luego, una joven inquieta e insegura, con pesadillas.

—Como no sea un gemelo de Owen.

—¿Gemelo? —repitió el ama de llaves—. El bastardo es géminis.

—¿Qué quiere decir, se refiere a su horóscopo? —preguntó el inspector Muller.

—Así es.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Judy, interesada.

—Me lo dijo él mismo en una ocasión. Nació en secreto, pero por boca de su madre sabía que era géminis.

El inspector movió la cabeza negativamente.

—Yo no creo en cosas extrañas. Quien asesinó a Richard Dawning lo hizo con un pisapapeles de plata y cuarzo, y lo hizo con mucha fuerza. Además, ambos se golpearon, por lo que el asesino debe mostrar marcas en su cuerpo.

—Pues, cerciórese de si Owen las tiene o no —dijo Judy con viveza.

El inspector quiso sonreír pero no pude. Había algo misterioso en aquel sangriento caso. Siempre había sido un racionalista pragmático; sin embargo, ahora tenía dudas, muchas dudas.

CAPÍTULO VI

El inspector Muller avanzaba por el corredor de la cárcel muy preocupado. En aquella ocasión no le acompañaba el alcaide que estaba fuera del recinto penitenciario, pero sí le acompañaba el capitán funcionario de prisiones y tras ellos, dos vigilantes uniformados dándoles escolta.

El inspector no tenía muchos deseos de hablar. De vez en cuando, observaba de reojo al capitán que caminaba arrogante, muy seguro de sí.

Las grandes puertas de rejas se abrían y cerraban a su paso como esclusas. No se podía escapar corriendo sin detenerse. No se abría una puerta hasta que otra estaba cerrada y el vigilante de turno comprobaba que ningún recluso podía escapar.

Caminar por allí era pasar de una jaula a otra sin llegar a respirar en ningún momento un tenue aire de libertad.

Los chirridos de las puertas, los chasquidos metálicos, perturbaban al hombre de Scotland Yard. Él investigaba y arrestaba a los presuntos culpables de los delitos, pero una vez los entregaba al juez, su trabajo había terminado para comenzar otro y el mundo de las prisiones era otro mundo, un mundo que le desagradaba.

El capitán se detuvo frente a una puerta. Un candado negro pero limpio sujetaba el cerrojo.

—El preventivo Owen Jackson está ahí dentro, inspector —le dijo con un deje de burla que el hombre de Scotland Yard procuró que no le afectara.

—Muy bien. Que abran la puerta, deseo ver al preso.

—Hasta ahora solo ha venido a verle su abogado y esta puerta, para que usted se sienta tranquilo, solo puede abrirse con esta llave.

Le mostró una llave que sacó de su propio bolsillo. La entregó a un funcionario, el cual abrió la puerta de acero de aquel calabozo que aislaba al preso del resto de los reclusos.

El inspector Muller ya conocía aquel calabozo, dos catres y un servicio con un lavabo. En uno de los catres estaba sentado el hombre que aguardaba impaciente el día de su juicio, de verse cara

a cara con el jurado que debía de dilucidar si era culpable o inocente.

Los ojos claros de Owen Jackson no se veían asustados. No parecía un hombre que estuviera esperando ser ahorcado.

—¿Y el otro? —preguntó el inspector Muller mirando el catre vacío.

—Si se refiere al irlandés —dijo el capitán—, fue puesto en libertad por orden del juez, por lo visto no había pruebas suficientes. No llegó ni a tener juicio, pero si quiere mi opinión, es carne de horca. Terminará como este porque Owen Jackson sí tiene testigos de cargo en su contra y no se librará del patíbulo.

—Hola, inspector —saludó Owen sin levantarse del catre donde permanecía sentado—. ¿Se siente preocupado? ¿Acaso con remordimientos por acusar a un inocente? ¿Podrá dormir cuando me hayan ahorcado y usted adquiera la seguridad de que no soy culpable?

—¡Cállate! —ordenó el capitán—. Ponte en pie y habla exclusivamente cuando te lo pidan.

Despacio, reticente, Owen Jackson se puso en pie. Al inspector Muller le pareció más alto, más seguro de sí que en la anterior visita y mucho más entero que cuando lo entregara a los funcionarios de prisiones para que fuera custodiado hasta el día de su juicio.

—Acerca tu cara a la luz de la ventana —le pidió el inspector Muller.

—¿A eso que hay ahí arriba le llama ventana? —rezongó sarcástico.

—¡Obedece! —exigió el capitán que tenía necesidad de ser obedecido en todo momento.

—¿Así le parece bien, inspector Muller? ¿Va a hacerme un retrato?

—Tienes la lengua demasiado larga —silabeó amenazador el capitán.

—Déjelo, déjele. Después de todo, ahora solo es un presunto asesino. Hasta que el jurado no dé su veredicto no será el reo que hay que ahorcar. Ahora, Owen, ladea la cara.

—¿Me encuentra guapo, inspector?

El hombre de Scotland Yard respiraba despacio, como meditando bien cada movimiento que hacía.

—Desnúdate —le pidió.

—¿Desnudarme, quieren humillarme otra vez? ¿No les basta con haberme encerrado en este inmundo calabozo siendo inocente?

—Desnúdate —exigió con voz dura el capitán. En cada frase suya iba implícita una amenaza y Owen, como muchos otros presos, ya había probado el vergajo.

—Basta con que se desnude el torso.

Con desgana y sin protestar por el frío que allí hacía, el rubio Owen se desnudó de cintura para arriba.

—¿Así está bien?

Los ojillos del inspector Muller repasaron su piel con rapidez y luego pidió:

—Muéstranos la espalda.

Owen se dio la vuelta. En su espalda destacaron unas marcas en oblicuo que la cruzaban de parte a parte.

—¿Qué son esas marcas?

—Pregúnteselo al capitán, inspector. Él receta el látigo con prodigalidad.

El inspector Muller recriminó:

—Este hombro aún no está sentenciado, puede ser inocente.

—Puede, pero aquí las normas rigen igual para todos los presos. Si no falta a las normas no hay castigo. Inspector, su trabajo está en las calles buscando a esos hijos de perra para traerles aquí, pero cuando traspasan las puertas de la prisión, son cosa mía. Ustedes, los de Scotland Yard, pueden utilizar las armas para defenderse de esos hijos de perra que aún no están sentenciados.

—Es diferente, las armas solo se utilizan en defensa propia y en intervenciones especiales. Por la calle, los “bobbies” no usan armas.

—Aquí también hay defensa propia y además, está el respeto a las normas del establecimiento, normas que ya estaban hechas antes de que yo llegara aquí. Esta gente es escoria y hay que emplear el látigo para que aprendan a obedecer. La obediencia, la disciplina, son la base fundamental de toda institución que se precie y sea respetada.

El inspector Muller pensó que no merecía la pena seguir polemizando con el capitán de prisiones, quien realmente le interesaba era Owen Jackson. Tenía marcas de látigo, pero no de golpes. Él mismo, mentalmente, se llamaba tonto. ¿Cómo podía

llegar a pensar que aquel hombre encerrado en la dura prisión y vigilado de cerca por el capitán de prisiones pudiera salir de allí y acercarse a la casa de su padre natural para cometer un crimen?

—Owen, según tu documentación naciste en el mes de octubre; sin embargo, me han dicho que eres géminis.

—¿Es importante mi signo zodiacal? —preguntó burlón pese a su humillante situación.

—No lo sé, a mí no me importan los horóscopos. Sé que tu nacimiento fue en secreto, luego fuiste reconocido por el hombre al que se te acusa de haber asesinado, pero sí me preocupa eso de que seas géminis.

—Los horóscopos son supersticiones de la antigüedad —gruñó el capitán.

—Sí, y de reyes, políticos, financieros y mucha otra gente que los consulta. Bien, los signos del zodíaco no me dicen nada, pero eso de géminis me preocupa.

—¿Por qué ha de preocuparle? Solo son tonterías —insistió el capitán, siempre agrio.

—Géminis son los gemelos. ¿Qué sabes tú de los gemelos, Owen?

—No sé de qué gemelos me habla.

—¿No tuviste nunca un hermano?

—Que yo sepa, no. Mi madre se enamoró de un hombre que estaba casado, pero no era una cualquiera.

El capitán silabeó:

—Tú eres un hijo de puta.

Abandonaron el calabozo dejando encerrado a Owen. Un funcionario puso el candado para sujetar el cerrojo y entregó la llave a su oficial jefe.

—Vigile muy bien que no salga de esta celda.

—No se preocupe, aquí dentro está muy seguro. No puede escapar, antes perdería yo mi empleo y no tengo ningún interés en ello. Además, presos hijos de perra como él, tenemos muchos.

—Sí, pero me parece que este Owen Jackson es diferente. He llegado a tener la sensación de que se estaba burlando de nosotros.

—No está en condiciones de burlarse. Si no cumple las normas de la institución será castigado y dentro de poco será llevado a juicio, luego volverán a traerlo aquí y con una soga se terminará su

historia. En sus circunstancias, solo un loco podría burlarse y, además, sentirse tranquilo.

El inspector Muller pensó que cuando el abogado defensor de Owen Jackson se enterase de lo que ocurría en Stone House, la puerta del calabozo se abriría sola para que Owen pudiera marcharse.

CAPÍTULO VII

El caballo que halaba de la berlina relinchó inquieto, asustado, cuando el automóvil ruidoso y traqueteante rodaba hacia ellos por el mismo camino.

—¡Sooo, sooo!

El conductor de la berlina tuvo trabajo para controlar al animal que se salió del camino e intentó huir por el prado.

El automóvil, ocupado por cuatro personas, pasó junto a la berlina tocando el claxon, lo que asustó aún más al caballo e hizo lanzar imprecaciones al cochero.

—¡Malditos engendros del demonio, pronto desapareceréis tragados por la tierra!

Ruidoso y maloliente, petardeando por el tubo de escape, el automóvil se fue alejando por el camino. La tarde era fría y no resultaba raro ver blancas manchas de escarcha en los lados norte de las colinas.

Judy miró por la ventanilla. Todo aparecía tranquilo. Contra el horizonte del oeste, allá donde las nubes eran más claras, destacaba la silueta de la fábrica de tejidos Thallistable.

Cerca de la fábrica, junto al río, también estaban las casas de los obreros que allí nacían, malvivían y también morían, y muy pocos tenían más horizontes que aquellos durante toda su vida.

La fábrica de tejidos ya no pertenecía a la familia. Charles Thallistable, algunos años antes de morir, la había vendido a una sociedad anónima en la que tenían mayoría de acciones varios industriales de Manchester.

El fundador de la fábrica había sido el padre de Charles Thallistable y este había vivido a su sombra hasta alejarse de ella, pero la presencia de la fábrica pesaba sobre la familia que había preferido vivir en Londres, lejos de los obreros y de sus problemas.

El cochero reanudó la marcha.

El caballo parecía ya tranquilizado y esbelto y casi orgulloso trotó rápido como queriendo demostrar al mundo que jamás sería vencido por el automóvil que comenzaba a aparecer por los

caminos más insospechados.

Tras cruzar el puente, pasaron por delante de las casas de los obreros, casas de un color rojo embrutecido por las nieblas mezcladas con el hollín de las chimeneas.

En aquellas casas donde se sucedían las generaciones no parecía que pudiera reinar la alegría. Los niños nacían para trabajar en la gran fábrica, aunque muchos de ellos partían para servir en los ejércitos que el imperio tenía repartidos por todo el mundo.

Ya lejos de las casas, el camino se estrechaba, parecía morir y luego se escindía. Un sendero se internaba en el bosque y el otro seguía la orilla del río, aguas arriba.

La berlina tomó el camino del bosque que era propiedad de los Thallistable. No había sido vendido conjuntamente con la fábrica porque a los compradores no les había interesado y seguía allí como una propiedad improductiva.

Aquel bosque hubiera pertenecido a Judy si se casaba con Owen, pero al no llevarse a cabo esta ceremonia, habría que esperar a que se hiciera pública la última cláusula del testamento guardada en el banco.

En una hondonada del bosque, allí donde parecía que si caía un chubasco tormentoso había de nacer un lago, cosa que no sucedía porque había un cauce que desaguaba, destacaba una gran cabaña mitad de piedra mitad de troncos.

La cabaña era importante por sus dimensiones. Tenía dos plantas y no había sido levantada por un leñador cualquiera, sino por gente que sabía de arquitectura y construcción.

La berlina se detuvo frente al pequeño porche que miraba hacia el ocaso, como si alguien sentado en él, esperase cada día la llegada de la noche tras la muerte del dios sol.

En la puerta de la vivienda apareció un hombre alto y grueso de unos cincuenta años, con ojos grises, cejas finas y escaso pelo sobre la cabeza. Tenía el aspecto del receloso que no se fía de nadie, pero sobre la portezuela de la berlina destacaba la “T” en blanco, indicando que era propiedad de los Thallistable.

El cochero saltó del pescante y abrió la portezuela para dejar salir a Judy que se cubría con una capa de color gris perla.

El hombre de la cabaña dudó, pero al final optó por hacer una leve inclinación de cabeza.

—¿Eres Sídney?

—Sí, señorita, yo soy Sídney.

—Soy Judy Dawning Thallistable.

—Ah, la heredera...

—¿Puedo entrar en la casa? Quisiera hablar contigo.

—Bueno, la verdad es que no está muy arreglada. Mi mujer es un poco perezosa para estas cosas.

—No importa.

—Entonces, pase, pase.

El salón de la cabaña era grande, tenía bastantes muebles e incluso pieles decorando las paredes, pero obviamente estaba sucio y descuidado.

Viniendo de la cocina apareció una mujer alta y fuerte que tenía la nariz enrojecida y no era de un resfriado. Con voz gangosa por haber bebido recientemente, preguntó:

—¿Quién es esta chica?

—Es *miss* Thallistable.

—¿La heredera? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Anda, limpia la mesa y prepara algo.

—No nos va a echar, ¿verdad, señorita? Su abuelo le dejó la casa a mi Sídney. Lo que hiciera el bastardo no tiene por qué pagarlo mi marido.

Se arrodilló a los pies de Judy. Esta trató de apartarla, pero lo hizo el propio Sídney que la empujó hasta la escalera diciendo:

—Ve arriba y duerme un poco.

Como si acabaran de desahuciarla de la cabaña y se viera obligada a pasar la noche bajo un cielo nublado, la mujer comenzó a llorar sonoramente. Judy suspiró al ver que Sídney la hacía desaparecer por la escalera. Después él, con ojos huidizos, le pidió perdón.

—Encenderé el fuego, hace frío.

Hábil en el encendido de la chimenea, esta no tardó en llenarse de llamas que dieron al ambiente una sensación más acogedora.

—¿Puedo sentarme?

—Oh, sí, perdone usted. No sé qué ofrecerle, soy torpe y aquí no recibimos nunca visitas, por eso ella —señaló con su mano hacia el piso—, está tan mal. La gente de la fábrica no quiere nada con nosotros, siempre estamos solos, pero pese a todo, yo me siento

bien aquí. He nacido aquí, siempre he vivido en este lugar y me alegró que su abuelo mandara construir esta cabaña, porque cuando yo nací, aquí solo había una choza. Después me nombró guardabosque y leñador. Nadie puede cortar leña en este bosque salvo yo que lo mantengo limpio. Luego, la leña es llevada a Stone House, a Londres, donde ustedes no pasan ningún frío. Todos los leños que consumen allí están cortados por mi hacha que no para en todo el año.

—No lo sabía. Hace poco que vivo en Stone House.

—Pero, he oído que usted es ahora la dueña de Stone House.

—Así es, aunque la abuela sigue viviendo allí.

—Ah, la señora —suspiró largamente—. Jamás puso los pies en esta cabaña. Si ella fuera la dueña ahora, mandaría arrasar la cabaña y quizás hasta quemaría este hermoso bosque. Usted no hará eso, ¿verdad, señorita?

—No, no temas.

—La señora no ha querido saber nunca nada de nosotros, nunca.

—He venido aquí para saber algunas cosas e incluso decidir si merece la pena que sigáis aquí.

—Pero, antes ha dicho...

—Sídney, tú eres el guardabosque y el leñador que hace que Stone House esté caldeado. Espero que seas merecedor de tu puesto.

—Lo seré, señorita, lo seré.

Judy miró el fuego y extendió las palmas de sus manos abiertas hacia él. El calor era agradable y sus ojos verdes se llenaron de llamas. Sin volverse, dejó muy claras sus intenciones.

—Quiero saberlo todo. Si me ocultas algo, si me mientes y yo lo descubro, haré que tú y tu mujer os marchéis de aquí para siempre.

Sídney ya tenía el miedo en sus ojos y mentalmente maldecía a su mujer por haber dado el espectáculo.

—Háblame de tus padres.

—¿Mis padres? No conocí a mis padres, mi madre vivía sola en la choza que antes había aquí. Ella vivía bien sola y era muy especial. Recogía hierbas por todo el bosque y hongos, sabía más que nadie de esas cosas. Muchas noches venían aquí gentes de la fábrica y de lugares más lejanos a pedirle ungüentos y pócimas que ella preparaba.

—Era una bruja, ¿verdad?

—Eso decían, pero no era cierto.

—¿Dónde está enterrada?

—En ninguna parte. Cuando se supo que había muerto, no la dejaron entrar en el cementerio. Unos hombres cogieron el cadáver y prepararon una hoguera donde la quemaron.

—¿Y tu hermana, también la quemaron a ella?

—No puedo hablar de eso.

—¿Lo prohibió el abuelo?

—Sí, el amo.

—Ahora, yo te exijo que me lo digas. El amo está muerto y no puedes obedecerle más.

—Murió de unas fiebres. Sé que vino el reverendo, pero ella le escupió a la cara y él gritó que no sería enterrada en camposanto.

—¿Y qué sucedió?

—El amo llegó con unos cuantos hombres de Londres. Prepararon una hoguera y quemaron el cadáver con todo respeto, yo estuve presente. El patrón la amaba y fue él quien la redujo a cenizas. Luego, las lluvias, el viento y los años hicieron desaparecer el rastro de la hoguera. Fue cuando me dijo que me cuidara del bosque y que me quedara en la cabaña. Tenía que vigilar el bosque y cortar la leña que luego unos carros llevarían a Stone House.

—¿Tu hermana también fue curandera?

—Diana sabía muchas cosas que yo nunca llegué a entender. Era mucho más sabida que yo y el amo se daba cuenta. Ella le miraba a los ojos y se reía, parecía ella el ama y él su criado. Mi hermana era especial y muy hermosa, no se parecía en nada a las obreras de la fábrica, todas pálidas, tísicas, muy delgadas. Diana era como una rosa espléndida, fuerte y perfumada. El amo venía aquí porque se volvía loco por ella, por eso mandó construir esta cabaña. Yo entonces vivía en una choza no lejos de aquí, Diana vivía sola en esta cabaña. Ella lo sabía todo del bosque, sabía de la luna y de muchos misterios. La gente decía que no parecíamos hermanos.

—Entonces, el abuelo hizo construir esta cabaña tan sólida y confortable para que Diana viviera bien.

—Así es. El amo venía aquí a encontrarse con ella. Cuando él venía, yo vigilaba por los alrededores con la escopeta para que nadie se acercara. Soy muy buen vigilante, ama.

—¿Y cuántos hijos tuvo Diana?

—¿Hijos? Solo uno, Owen, el bastardo, como le llamaban los obreros de la fábrica. Mi hermana fue fiel al amo y él lo sabía, por eso se portaba bien con ella y reconoció al chico, aunque luego haya salido un diablo.

—¿Crees que Owen fue el asesino de su padre?

—Es lo que dicen todos.

—¿Y tú qué crees sobre Owen?

—Que no era un chico como los otros. Ha salido tan guapo como su madre, tiene los ojos de ella y sabe muchas cosas del bosque. Yo creo que Diana le enseñó muchas cosas cuando estaban solos en la cabaña, aunque ella murió muy pronto y el amo recogió al niño y lo internó en un buen colegio para que estudiara.

—¿De veras no hubo ningún otro niño por aquí?

Sídney bajó la cabeza. Estaba asustado como un perro que teme la regañina de su amo.

—Te callas algo, ¿verdad?

—Ama, a veces, en el bosque, uno tiene visiones. El bosque no es como la gente cree, hay fantasmas, gnomos, hadas, espíritus malignos y otras cosas que no se pueden explicar. Los que viven en la ciudad no lo entienden, pero yo que vivo siempre en el bosque, a veces he tenido tanto miedo que se me han helado los cabellos, pero nunca he echado a correr y los demonios me han dejado tranquilo. Yo, yo no les hago daño. Yo echo fuera a los furtivos, pero nada más, por eso no quiero hablar de los demonios del bosque.

—No te pasará nada por lo que me digas, pero has de contarme todo lo que sepas.

—Es que yo no estoy seguro de nada, ama. La noche es engañosa como una mujer, y usted disculpe, no me refería a usted.

—No le des más vueltas y dime lo que creíste ver. ¿De veras Owen no tuvo ningún hermano?

—Le juro que mi hermana solo dio a luz un niño, yo estaba aquí aquella noche. El amo lo supo días más tarde y se enfadó mucho porque Diana no le envió recado.

—¿Estás seguro de que solo fue un niño?

—Sí, ama. Diana no necesitaba a nadie, era como una loba solitaria en el bosque, pero ella también debía querer al amo. Este no solo le construyó la cabaña, sino que le traía todo lo que ella le pedía, por eso ahora mi mujer me odia.

—¿Y por qué te odia? —inquirió sin comprenderle.

—Dice mi mujer que el amo le regalaba joyas a Diana y que ella las escondía. Mi mujer ha registrado toda la casa y me ha hecho registrar hasta el bosque, siempre buscando esas malditas joyas que Diana no pudo llevarse al infierno, perdón, pero la gente dice que ella se fue al infierno.

—¿De veras le regaló joyas?

—No lo sé. Mi hermana me hacía trabajar, pero siempre alejado de esta cabaña. Me tenía por un poco tonto y yo no protestaba, sabía que bastaba que ella me señalara con el dedo para que el amo me despidiera.

Judy se daba cuenta de que aquel hombre de mente simple se debatía. No estaba seguro de si iba a perjudicarle o no lo que callaba, indudablemente debía ser algo que le había impresionado mucho.

—Una vez vi al bastardo, al niño, estaba jugando en el bosque, en el claro de la hoguera. Fui en su busca para regresarlo a la cabaña, creía que se había escapado, pero no pude cogerlo. Corría sin tocar el suelo. Vine aquí, Diana había salido, lo hacía muchas noches para buscar cosas, no me contaba nunca nada. Yo entré en la casa y el niño estaba en su cama durmiendo, como muerto. Salí de la casa para que Diana no me encontrara aquí y al alejarme hacia la choza, volví a verle.

—¿A quién?

—Al niño, a Owen, vi que regresaba a la casa. Me escondí tras el tronco de un roble y le vi pasar y entrar en la cabaña cuando yo lo había dejado durmiendo. No le dirá a nadie lo que le he contado, ¿verdad?

—¿Lo viste alguna otra vez?

—Sí, ama, lo vi en el bosque, pero ya no quise seguirle nunca más, ni venir a la cabaña para comprobar si estaba o no.

—¿Y quién crees que podía ser ese niño del bosque?

—No lo sé, nunca me habló, le vi siempre a distancia, pero yo juraría que era el bastardo.

—Solo Dios puede estar en dos lugares al mismo tiempo.

—Sí, claro. Yo, yo no he dicho nada, usted me ha tirado de la lengua. Yo voy a la iglesia y el reverendo lo sabe. No me mira con buenos ojos, pero yo quiero que me entierren en el camposanto, yo

no soy como ellas, le juro que nunca he visto al diablo.

—¿Acaso ellas sí?

—Yo, yo no he dicho que ellas lo vieran, no lo he dicho —se debatió con la gorra en la mano.

De pronto, en el piso alto se pudo oír un grito largo, un grito de queja y rabia. Luego, ruido de caída de sillas.

—Discúlpela, ama, discúlpela, se vuelve loca. Siempre cree que va a encontrar las joyas de mi hermana, pero no hay ninguna, se lo juro.

—Bien, tengo que irme. Procura que ella no beba, porque si sigue así tendrás que encerrarla en un manicomio.

Judy abandonó la cabaña que hiciera levantar el abuelo para su amante la hechicera del bosque, aunque él no la llamase así.

La joven se marchaba más preocupada de lo que había llegado. Owen no había tenido hermanos, pero existía alguien muy misterioso que se le parecía como una gota de agua a otra.

¿Quién era ese ser misterioso que había crecido al mismo tiempo que él?

CAPÍTULO VIII

El inspector Muller había dado órdenes tajantes y concretas al agente Nixon que vigilaba la noche en la calle donde se levantaba Stone House.

—Que no se note demasiado, pero mantenga la casa controlada. Tres agentes más vigilarán cada noche en las calles próximas y acudirán a su llamada en cuanto ocurra algo anormal.

—¿Y por qué no vigilan más de cerca Stone House? —preguntó el agente Nixon, un hombre paciente y muy experimentado.

—Sencillo, porque si hay demasiada vigilancia nuestro personaje no se presentará de nuevo y yo tengo la intuición de que volverá. Cuándo y cómo, no lo sé, pero volverá por aquí.

—¿Conoce usted los motivos, inspector?

—No, no los conozco, pero sin duda busca algo que todavía no ha encontrado. Si ve que Stone House está muy vigilada por agentes, no se presentará, dejará pasar tiempo. No debemos ponerle nervioso, hay que darle confianza.

—Dicen que es un fantasma, señor.

—¿Un fantasma? —sonrió levemente—. ¿Usted cree en los fantasmas?

—No, señor. Yo hago las rondas de noche y con el “smog” más espeso, no tengo miedo a los fantasmas, pero algunas personas sí creen en ellos.

—Un buen policía no puede creer en fantasmas, agente Nixon, no puede creer aunque los vea. Sería nefasto confesarlo y que los ciudadanos supieran que nada podemos contra ellos. Se sentirían indefensos.

Quien sonrió entonces fue el agente Nixon.

—Comprendo, señor. Aunque los vea, no hay fantasmas. Además, los fantasmas asustan pero no cometen crímenes.

—Entonces, ¿quién mató a Richard Dawning?

—No lo sé, señor, pero algún día será llevado a la horca.

—Ojalá fuera así, agente, ojalá. Los ciudadanos creen que somos más efectivos de lo que realmente somos, demasiados crímenes

quedan impunes. Lo mejor es archivarlos y procurar que la prensa no los mencione; claro que, aunque estén en el archivo, no son casos cerrados. Los asesinos más confiados terminar, por caer aunque hayan pasado muchos años de sus crímenes. Tenga los ojos y los oídos bien despiertos.

El agente Nixon buscaba las sombras de la calle para disolverse en ellas y vigilar a distancia Stone House, pero las gélidas y húmedas noches pasaban sin que nada sucediera.

El agente Nixon, bajo su alto casco de "bobby", había llegado a imaginar que el asesino-fantasma sí había conseguido encontrar lo que buscaba en Stone House.

El grito de mujer sonó lejano, casi inaudible en aquella noche de denso "puré de guisantes". A pocos pasos, nada se veía y si se iluminaba con una linterna, la luz se hacía tan difusa que quien la llevaba parecía sumergirse en un mundo espectral y fantasmagórico.

Más que por la seguridad de haber oído el grito, su intuición de veterano policía le hizo correr hacia Stone House.

Cuando llegó frente a la verja de la casa vio que la puerta principal se abría y a contraluz aparecía una mujer chillando.

Su silbato sonó estridente. Era una llamada de alarma mientras él trataba en vano de abrir la puerta de la verja.

Optó por encaramarse a las rejas y saltar por encima de las puntas de lanza. Pasó al jardín sin dejar de soplar con el silbato, seguro de que otros agentes de policía acudirían en su ayuda.

La mujer estaba en bata y gritaba fuera de sí dando manotazos en el aire.

—Tranquilícese, tranquilícese —le pidió el agente Nixon cogiéndola con sus brazos.

—¡Me ha violado, me ha violado!

El ama de llaves gritaba histéricamente sin conseguir serenarse cuando ya llegaban los tres agentes que debían reforzar su vigilancia a distancia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó uno de ellos.

—¡Ha aparecido el asesino! —les gritó el agente Nixon—. ¡Puede estar todavía dentro!

Sacaron las llaves y abrieron la verja para entrar en la casa. Judy también estaba en bata en lo alto de la escalinata. Un agente

la miró y se disculpó.

—Disculpe, *miss* Thallistable, pero el ama de llaves ha sido atacada, ese hombre anda por ahí y usted mejor que nadie sabe lo peligroso que es.

—Búsquenlo —ordenó Judy tajante, sintiendo dolor en su corazón.

Otro agente tocó el silbato por la parte posterior de la casa. Cuando fueron a ayudarle, este gritó:

—¡Ha escapado escalando ese muro! —señaló el muro que protegía el patio trasero donde se guardaban los carruajes de la casa.

—¿Lo ha visto? —preguntó el agente Nixon.

—Sí, sí lo he visto. Era Owen Jackson.

—¿Con esta visibilidad, está seguro? —insistió.

—Sí. El inspector Muller nos escogió a los que conocemos bien a Owen Jackson. Pese al "puré de guisantes" estoy seguro de que era él.

Mientras aparecían las criadas de la casa, Judy se dirigió a la alcoba de la abuela donde había una lámpara encendida permanentemente.

—Abuela, abuela —llamó.

La abuela Victoria tenía los ojos abiertos, pero la muchacha pronto descubrió que no la miraba a ella sino a la eternidad.

La mandíbula casi desdentada, huesuda, siempre temblorosa, ahora caía sin vida, mostrando la oscuridad de la boca abierta.

—¡Abuela, abuela! —gritó Judy.

Uno de los policías entró en la alcoba al oír sus gritos.

—¿Qué sucede?

—¡Está muerta!

La joven se protegió instintivamente contra el pecho fuerte del agente. Este, a poco más de una yarda de distancia, se percató de que Judy no se había equivocado.

—Salgamos le aquí, *miss* Thallistable.

El doctor Trammel acudió para tranquilizar al ama de llaves que se hallaba en un estado histérico agudo tras la violación sufrida.

El propio agente Nixon llamó por teléfono al inspector Muller que se apresuró a presentarse en Stone House en uno de los coches recién adquiridos por Scotland Yard. Decían que eran más rápidos

que los tradicionales carruajes de caballos que en la ciudad estaban en abierta competencia con aquellos monstruos mecánicos que rodaban merced a sus ruidosos motores de explosión.

—*Mistress* Pauline, ¿está segura de que ha sido Owen?

—Sí, le he visto con mis propios ojos. Se ha apagado la lámpara y al quedarme a oscuras, me ha atacado salvajemente. Es un criminal, un canalla, tienen que ahorcarlo. Yo, yo era virgen... Dios mío, qué vergüenza, quisiera morirme.

El ama de llaves sollozaba convulsivamente. Toda la fuerza de su autoridad, de su carácter dominante, se derrumbaba al sentirse violada, mancillada. Era una situación que jamás se había planteado y la humillación era tan grande que se sentía como desnuda en mitad de Picadilly Circus.

Quizás su especial carácter, algo masculinoide, la había hecho mantener a raya a los hombres y dominar a las mujeres, pero la brutal violación, pues al defenderse había recibido durísimos golpes que habían marcado su cara y llenado su cuerpo de morados, le había hecho perder su fuerza. Era como un caballero medieval sin armadura o una bruja en el potro, a merced de sus inquisidores.

—¿Por qué dirán todas que es Owen si él está en la cárcel? —masculló entre dientes el inspector Muller. Al percatarse de la presencia de Judy se volvió hacia ella para preguntarle—: ¿Usted también le ha visto?

CAPÍTULO IX

El veredicto del jurado fue claro, definitivo.

—Inocente.

El rostro de Owen Jackson se iluminó.

—La verdad ha quedado demostrada —dijo orgulloso su abogado defensor.

Le había sido fácil llevar la defensa frente al jurado después de la muerte de Victoria Thallistable, de su yerno y de la violación del ama de llaves.

Owen Jackson tenía un doble, un gemelo extraño a la familia Thallistable. Por tanto, podía haber sido ese enigmático personaje el asesino de Charles Thallistable, crimen del que se había acusado al bastardo. El misterioso doble había demostrado suficientes instintos criminales para que recayeran sobre él todas las culpas de los crímenes.

El inspector Muller se hallaba muy preocupado. ¿Dónde encontrar al misterioso doble? Era indudable que Owen Jackson no había pedido ser el hombre que cometiera los crímenes de Stone House, él había estado bien encerrado en presidio, dentro de un calabozo de seguridad.

—Y si el bastardo comete un crimen, ¿cómo acusarle a él si está de por medio ese misterioso personaje que solo aparece por las noches y según qué noches? —le había preguntado el sargento Morris al inspector Muller.

—No lo sé, hay que encontrar al asesino, pero es como un fantasma, aparece y desaparece con suma facilidad.

—Si nos equivocamos otra vez, seremos el hazmerreír de todo el imperio —se lamentó el inspector Muller.

La madre de Judy, después del juicio en el que Owen Jackson fuera declarado inocente, había pedido a su hija:

—Has de tomar una decisión. Primero el entierro de tu padre, luego el de la abuela. Estás demasiado sola en Stone House, tendrías que venirte a vivir conmigo y vender esta casa. Yo nací en ella, pero está maldita.

—Mamá, sé que los abuelos nunca te perdonaron que te casaras con papá, pero no es que la casa esté maldita, sino que hay algo misterioso que terminaremos por descubrir. Ese extraño ser que tanto se parece a Owen, reaparecerá.

—Yo no podría quedarme en esta casa donde asesinaron a tu padre, hija, no podría. Ya llevo tres noches sin dormir, y fíjate en *mistress* Pauline… Después de lo que le pasado, está como rota, mal de los nervios, asustada, no es la misma. Parece mentira como puede cambiar una mujer después del atropello de que fue objeto.

—Sí, me preocupa mucho su estado —admitió Judy—. El doctor ha dicho que si no se recupera, deberá ser internada.

—¿En un manicomio?

—No quiero ni pensar en ello, mamá, he de ser fuerte.

—Todavía eres una niña, no puedes quedarte sola aquí.

—Ya no soy una niña, mamá, no lo soy —Judy no quiso explicar por qué no se consideraba ya una niña. También ella había sido violada, pero solo lo sabían ella y su violador.

—Esta casa es demasiado grande para ti. El abuelo quiso establecer la dinastía de los Thallistable pero no lo consiguió. Yo no nací varón como él deseaba.

—El abuelo me nombró heredera de esta casa, no puedo abandonarla ahora. Me siento como si me hubiera hecho mayor aceleradamente y las decisiones que tome en adelante, te aseguro que no serán las de una niña. Ten en cuenta que todavía está en juego el grueso de la herencia.

—Habrás de esperar hasta tus veintitrés años y que se lea la última cláusula del testamento del abuelo. Creo que te dejará heredera a ti.

—Eso no podemos saberlo, mamá. Quién sabe lo que pudo pasar por la mente del abuelo cuando redactó ese testamento que no parece haber gustado a nadie.

—¿Cómo podía gustar, Judy? ¿Cómo podía gustar si pretendía nombrar heredero al bastardo?

—A Owen le dejó una pensión vitalicia. Solo tomaba el grueso de la herencia si se casaba conmigo o, lo que no es lo mismo, si yo accedía a casarme con él. El abuelo quería que de la unión de Owen y mía salieran los futuros Thallistable.

—No se llamarían así.

—De todos modos, al abuelo le bastaba con saber que serían seres de su propia sangre quienes le heredarían.

—Eso ya no va a suceder, hija.

—¿Olvidas que la justicia ha declarado inocente a Owen?

—¿Qué insinúas?

El rostro de la madre expresaba sorpresa, incredulidad.

—La justicia dice que él no mató al abuelo y precisamente lo que el abuelo quería es que nos casáramos.

—¿Te has vuelto loca? ¿Olvidas también la muerte de tu padre, de la abuela?

—¿Acusas a Owen de esas muertes, mamá? Recuerda que Owen estaba bien encerrado, él no pudo ser, eso quedó perfectamente claro en al juicio.

—Sí, pero todos dicen que era él, incluso tú misma declaraste haberle visto.

—Sí, pero pude ver a alguien que se le parecía. Existe un doble de Owen que es un asesino, mamá, y nadie sabe qué es lo que busca ni lo que pretende, pero ese alguien no puede ser Owen.

—Yo no estoy tan segura. Ese joven es el diablo y dicen que su madre fue una bruja, por eso hechizó al abuelo y le hizo engendrar al bastardo.

—Mamá, ya no hay brujas. En cuanto al diablo, debe tener demasiado trabajo por ahí. Owen siempre ha sido el niño odiado. Si el abuelo no le hubiera protegido, se habría convertido en un criado más. Eso siempre ha sucedido en las familias ricas, mamá. Los hijos y las hijas bastardas terminaban como sirvientes de preferencia. Siempre he pensado que una situación de ese tipo es injusta para los bastardos que no tienen ninguna culpa de serlo.

—Son hijos ilícitos, nacidos del pecado.

—Mamá, no seas tan dura con seres que son inocentes. Si se hacen malos, perversos, es a causa de ser despreciados. Tú misma...

—¿Qué vas a decir ahora, que ese hermano mío bastardo es más importante que yo en la familia, simplemente porque nació varón? Yo soy la heredera, pero el abuelo no pensó en mí como debía. Tu padre tenía razón al quejarse.

—Admito que los abuelos se portaron mal con vosotros.

—Está bien, Judy. Te veo muy decidida y como no puedo dejarte sola en esta casa, demasiado grande para ti o para cualquier

mujer sola, me quedaré contigo hasta que se abra la cláusula del banco.

Judy había comprendido los motivos que el abuelo Charles había tenido para no legar la herencia a su propia hija.

Abriendo cada vez más los ojos a la madurez de la vida, que en su caso era acelerada por los sangrientos acontecimientos, Judy se daba cuenta de que su madre era un espíritu débil, la mujer ideal para amar y seguir a un hombre, pero no para convertirse en la cabeza directora de una fortuna nacida de la industria y el comercio.

Era muy posible que, para no estar sola, se volviera a casar y, de hacerlo, obedecería ciegamente a su nuevo marido, porque así era su temperamento.

—Mamá, te marcharás a tu casa y me dejarás sola aquí.

—¿Cómo es posible que quieras estar sola?

—Ya no soy la niña que tú crees. Soy la dueña de esta casa y posiblemente termine siendo la heredera de todo. Tengo que ser fuerte, así lo quiso el abuelo, y solo me haré fuerte enfrentándome a las dificultades. Nací fuera de aquí y he vivido lejos de aquí en tu casa del norte, pero tengo que dominar esta mansión que es mía y para eso he de estar sola y perder el miedo.

—Es una locura. Si el abuelo supiera todo lo que está ocurriendo, él mismo te lo impediría.

—No lo creo, mamá, quizás no llegaste a conocer bien al abuelo. Te irás y yo te escribiré, no temas.

—Aquí hace falta un hombre para que cuide de ti.

—Está el cochero y contrataré a un criado que ayude a *mistress* Pauline. Además, vendrá míster Wyler a pasarme las cuentas del banco y de los gastos de Stone House. Le pediré que venga cada tarde, así me hará compañía. No temas, sabré cuidarme.

La energía que emanaba de Judy hizo inclinar la cabeza de su madre que cedió y al día siguiente partió de regreso a su pequeña casa de Inverness, aunque tampoco ella estaba muy convencida de qué iba a hacer sola allí. Le quedaba familia allá y la pensión que le dejara el abuelo, por lo que dificultades económicas no tendría.

Unos días más tarde, *mistress* Pauline acudió a la llamada de la puerta principal. La verja de la calle estaba abierta, solo se cerraba durante la noche.

El grito del ama de llaves acuchilló toda la casa.

Judy salió corriendo al vestíbulo donde la mujer, siempre dominante, ahora era presa de un histerismo incontrolado.

En el umbral de la puerta, como indeciso, estaba Owen Jackson.

—No le he hecho nada, palabra, me he atrevido a entrar para que no creyera que iba a atacarla.

—¡Es él, es él, es él!

—Calma, *mistress* Pauline, calma o tendré que llamar al doctor y ya sabe que si la ve así puede llevarla al manicomio —le dijo Judy para asustarla y que reaccionara.

—Sí, sí, ya estoy bien. El manicomio, no, el manicomio no…

—Vamos, vaya a su alcoba. Daré orden para que le suban una tisana que la tranquilizará.

Volvió a mirar al rubio y atractivo Owen y después se inclinó sobre Judy para decirle, entre confidencial y asustada:

—Tenga cuidado con él, es el diablo.

La mujer se alejó, desapareciendo por la escalera. Judy se enfrentó al recién llegado que seguía en el umbral de la puerta.

—Pasa.

—No me atrevía. Me han acusado de tantas cosas que tengo la impresión de que va a venir la policía para esposarme de nuevo y no sabré por qué motivo. Es fácil acusar siempre a los bastardos de todo lo desagradable que sucede. Para eso estamos, para cargar con culpas ajenas.

—Por favor, no hables así.

Owen entró y él mismo cerró la puerta. Siguió a Judy que le condujo a la salita pequeña donde el abuelo solía aislarse con visitas muy amigas.

—¿Te apetece un *whisky*?

—Sí, gracias —aceptó Owen.

Iba correctamente vestido, sin alardes ni actitudes petulantes. Se mostraba natural y sencillo, por ello Judy le vio elegante y atractivo.

“Qué guapo es”, se dijo, mirándola al rostro bien rasurado. “Pero, ¿será el diablo?”.

Como si Owen le adivinara el pensamiento, con una leve sonrisa que no trataba de molestar le preguntó:

—¿Qué estás pensando de mí?

—Que has debido sufrir mucho encerrado en la cárcel.

—Bueno, la cárcel no se la deseo a nadie. No se debería meter en ella a quienes no han sido condenados aún.

—¿Te golpearon? —preguntó interesada, sentándose en una butaquita frente a él.

—Tuve que probar el vergajo. Allí es algo normal y, por lo visto el capitán de prisiones me tenía ojeriza.

—¿Por qué?

—Le dije que saldría libre porque era inocente.

—¿Solo por eso?

—Sí, allí la obediencia ha de ser total y absoluta, no se puede ni replicar con la mirada; pero, mejor olvidemos eso, vuelvo a ser un hombre libre aunque maldito por algunas personas.

—¿Por qué dices eso?

—¿No has oído como gritaba *mistress* Pauline? Ni que yo fuera el diablo.

Judy recordó las palabras del ama de llaves; para ella, Owen sí era el diablo.

—Como dirían algunos, estás estigmatizado.

—Sí, marcado, siempre he sido el bastardo, y lo era más porque mi padre me quería y creía en mí. Si me hubiera transformado en un criado de confianza, que es a lo que llegan la mayoría de los hijos bastardos de las casas ricas, no habría pasado nada, incluso me habrían buscado una esposa adecuada y me hubieran asignado una pequeña pensión.

—Cierto, el abuelo quiso más para ti.

—Sí, pero todo ya no depende de mí sino de ti. Yo tengo una pensión, una pensión que para los que gustan de vivir muy bien resulta modesta, pero para mí es suficiente.

—¿Y qué piensas hacer?

—Podría marchar a América, muchos se van allá, especialmente los bastardos y aún más los no reconocidos. Allí pueden encontrar una nueva vida, un futuro con esperanza. Yo, con mi pensión vitalicia, podría abrirme camino, soy joven y sin problemas de salud. Si no me complico la vida, allí puedo vivir bien, pero… todo depende de ti.

—¿Estás aludiendo a casarte conmigo?

—Ajá, es lo que el abuelo deseaba.

—¿Y tú?

La pregunta de Judy fue muy directa. Owen se la quedó mirando fijamente y la joven heredera sostuvo su mirada.

Había madurado mucho en las últimas semanas. *Mistress* Pauline había quedado moralmente destruida por lo ocurrido, que ella había llegado a pensar que jamás le sucedería, pero Judy era todo lo contrario.

—No me he atrevido jamás a decírtelo, Judy, pero siempre llega el momento. Te amo. Dicho de esta manera suena un poco raro, pero te amo. Nuestra diferencia de edad es poca aunque yo sea hijo de tu abuelo. Posiblemente, con esta clase de parentesco no se haya formado jamás un matrimonio, pero parece que con la autorización y el deseo expreso del abuelo, reflejado en su testamento, esta unión es posible. Nuestra sangre tampoco es tan igual y no llevamos los mismos apellidos. El abuelo me reconoció como hijo natural, pero no me dio su nombre porque su esposa no lo permitió y lo comprendo. Después de todo, ella no fue mi madre, fue la engañada.

—¿Dices que me amas, Owen?

—Así es.

—¿Te das cuenta de que puedo estar llena de dudas? Casándote conmigo, no solo tienes derecho a la pensión vitalicia, sino a toda la fortuna Thallistable que compartirías conmigo y que a la larga deberíamos dejar a nuestros hijos, si es que los teníamos. Por conseguir una herencia tan importante, muchos hombres serían capaces de decir que aman a una mujer, aunque sea mentira.

—No miento, te amaba ya cuando eras una niña. Conozco Stone House mucho mejor que tú porque he vivido aquí más tiempo que tú. Desde que el abuelo me trajo aquí, solo he estado ausente los períodos en que me internaban en los colegios. En cambio, tú vivías con tus padres en Inverness y venías a Londres en contadas ocasiones. Te veía correr por los pasillos. Eras una niña que jugaba sola porque a mí no se me permitía jugar contigo, era una prohibición impuesta por la abuela Victoria, pero te vigilaba por los resquicios de las puertas. Tú no te dabas cuenta, pero yo te buscaba con la mirada porque ya te amaba. Siempre has sido maravillosa. Cuando llegabas tú, era cuando podía oírse en esta casa una cascada de risas alegres. Con tu partida se acababan las risas, volvía el

silencio, apenas murmullos y cuchicheos por los corredores. La casa se hacía gris y pesada cono las piedras de sus muros. Tú me fascinabas, Judy. Soñaba contigo, fantaseaba contigo, pero no podía haber futuro para un hijo bastardo. Estaba seguro de que jamás podría realizar mis deseos; sin embargo, el abuelo quiso que se hicieran realidad. Él había tenido solo una hija en su matrimonio y su hija, otra hija, en su descendencia no había más varón que el bastardo.

—Tienes un pico de oro, Owen, pero yo no estoy segura del todo. La situación de ambos es especial, como si estuviéramos predestinados a casarnos para que se cumpla la última voluntad riel abuelo. De todos modos, ya sabes que aunque no me case contigo solo tengo que esperar a cumplir veintitrés años y entonces se conocerá la última cláusula del testamento.

—Y tú deduces que, por ser mayor de edad para entonces, heredarás toda la fortuna Thallistable.

—Sí, es muy posible.

—Entonces, no me queda nada más que añadir. Puedes hacer lo que gustes, es tu libertad. No seguiré pidiéndote que te cases conmigo, siempre creerías que buscaba la fortuna del abuelo, es decir, de mi padre —terminó de beber el contenido de su vaso y lo depositó despacio sobre la pequeña mesita de cristal. Se puso en pie —. Me voy, Judy. En adelante, no sé cómo he de considerarte, aunque es posible que no volvamos a vernos.

La joven también se puso en pie y le pidió:

—Espera, no te vayas aún.

De un cajón del secreter que había en la salita, Judy extrajo un sobre lacrado que mostró al hombre.

—¿Serías capaz de jurar que obedecerás y cumplirás lo que esté escrito dentro de este sobre?

—¿Jurar que me someteré a unas exigencias que están escritas ahí? —repitió perplejo.

—Exactamente.

—He de saber antes cuáles son esas exigencias.

—No.

No fue una respuesta agresiva sino un “no” sencillo y lacónico como monosílabo que era.

—¿Cómo puedes exigirme que cumpla algo que desconozco?

—Has dicho que me amabas, ¿no?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, debes aceptar lo que te pido. Es mi condición para que nos casemos.

Owen la miró con fijeza. Señalando el sobre con su índice, preguntó:

—¿Te casarás conmigo si yo acepto esas exigencias que desconozco?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Enseguida, aunque sé que a mucha gente no va a gustarle.

—¿Y cuándo abrirás ese sobre para que yo cumpla lo que jure?

—Cuando lo crea conveniente, yo decidiré el momento.

—¿Qué es lo que tramas?

—Que la voluntad del abuelo se cumpla —le dijo sin rehuir su mirada.

Pese a su juventud, Judy estaba demostrando una gran entereza, una firme decisión de que el destino se cumpliera. Ella no sería débil como su madre.

—Te noto muy extraña, Judy, casi me das miedo.

—¿Miedo yo a ti? —se rio levemente sin dejarse llevar por una chocante histeria—. Ya has visto a *mistress* Pauline, te teme, cree que eres el diablo encarnado.

—Está bien, juro cumplir las exigencias que hayas escrito ahí dentro, pero ¿tú me amas?

—No lo sé, Owen. Ahora solo quiero pensar en que debes hacer este juramento ante notario, alguien dijo que las palabras se las lleva el viento. Así estaré segura de que cumplirás tu juramento, claro que si no te gusta, olvida la boda y márchate a América. Allí nadie te llamará bastardo.

CAPÍTULO X

La madre de Judy se negó a asistir a la boda, para ella el bastardo era el culpable de todas sus desdichas.

Judy no insistió para que estuviera presente en la ceremonia, tan íntima que hasta los testigos, salvo el albacea y consejero míster Wyler, eran desconocidos.

No hubo música, flores ni boato. Judy, siempre seria pero decidida, estaba lejos de mostrar un rostro triste o afligido.

Owen Jackson, circunspecto pero elegante y muy atractivo como hombre en opinión de las mujeres, llevó adelante la ceremonia con mucha flema, sin reflejar nada en su rostro. Era a la amanecida, cuando no había nadie más en la capilla, en la que resonó la voz del reverendo.

La berlina de los Thallistable les llevó a Stone House haciendo que el brioso caballo golpeara el adoquinado de las calles con sus cascos. Ningún automóvil perturbó su marcha. Los vehículos a motor de explosión aguardaban impacientes a que sus amos abandonaran sus respectivas camas y estos no lo hacían demasiado temprano, no en vano todos ellos eran ricos.

Los muros gris oscuro de Stone House semejaron más fríos e inhóspitos. Aquella casa había sido levantada para dar cobijo, calor e importancia a la familia Thallistable y ahora era un rostro sombrío y oscuro que recibía a la pareja recién casada que llegaba casi furtivamente para no ser vistos, y ninguno de ellos haría nada para que el nombre de los Thallistable prosiguiera su devenir de generaciones en busca del esplendor perdido.

Mistress Pauline decidió que aquel día estaría enferma y se encerró en su alcoba.

Para recibirles estuvieron presentes la cocinera, dos criadas y Tommy, el nuevo ayudante del cochero que también se ocupaba de la leña que traían del bosque que cuidaba Sídney, el tío de Owen.

Los criados habían preparado un abundante desayuno para los recién casados. Estos se sentaron a la mesa y desayunaron en silencio. De no ser por el sencillo vestido blanco que Judy vestía

para su boda, cualquiera, al verla, hubiera pensado que aquel era un día de luto en Stone House.

—¿No sería mejor que saliésemos de viaje?

—¿Viaje de bodas, te refieres? —preguntó Judy tras sorber la leche que tenía en la fina taza de porcelana.

—Sí, claro, quince días, un mes o dos meses. Podemos ir a Francia, a Italia, incluso dar la vuelta al mundo, podemos permitírnoslo. Los negocios marchan prácticamente solos, más adelante ya nos ocuparemos de ellos. Hemos de romper el maleficio que parece haber caído sobre esta casa y sobre nosotros.

—Es cierto, Owen. La tragedia, el crimen, la locura, han marcado su impronta en esta casa. Todo comenzó cuando el abuelo engañó a la abuela cometiendo adulterio con tu madre.

—¿Vas a sacar a relucir eso ahora?

—No, claro; será mejor que no. Ahora me voy a mi alcoba, quiero descansar.

—¿A tu alcoba? Judy, no has querido que hablásemos de este asunto, pero creo que debemos afrontarlo directamente puesto que la iglesia y el reino han bendecido nuestra unión. Somos marido y mujer y creo que lo conveniente es que tengamos una alcoba conyugal.

—No, Owen, por ahora no habrá alcoba conyugal, tú tendrás tu cuarto y yo el mío. Nos veremos en el desayuno, en la comida y en la cena y ante el notario cuando tengamos que firmar documentos en los que sean precisas ambas firmas.

La mirada del apuesto Owen Jackson se oscureció.

—¿Estás tratando de decirme que este matrimonio es solo una farsa?

—Oigamos que es un matrimonio de conveniencia, eso es todo.

—¿Conveniencia, para cobrar la herencia?

—¿Por qué no?

—Un matrimonio es para mucho más —dijo, ya visiblemente nervioso.

Por contra, Judy se mostraba fría y asombrosamente tranquila.

—Juraste aceptar las exigencias que yo había escrito en el sobre lacrado.

—¿Y mantenerte virgen de casada es una de esas malditas exigencias que he jurado aceptar sin conocerlas?

—Sí.

—¿Por qué, tanto te repugno?

—Todo le contrario, Owen. Es curioso, pero me gustas, sí, me gustas mucho, me atraes, hasta podría llegar a amarte si quisiera.

—Pero, no quieres.

—Exactamente, no quiero. Espero que no cometerás ninguna torpeza, porque según lo aceptado se rompería el matrimonio y toda la herencia quedaría en mi poder, pues así se firmó ante el notario. Incluso, si lo llevaras a tribunales, el matrimonio sería nulo, pues el juez, conociendo mis exigencias antimatrimoniales, habría de declarar nulo este matrimonio. Tú volverás a tu situación de soltero y yo solo tendré que esperar a mis veintitrés años para quedarme con todo.

—Te creía, te creía…

—¿Una ingenua? —preguntó, siempre fría y tranquila.

—Eres maquiavélica. Te debes sentir como el gato que tiene atrapado al ratón entre sus zarpas. Si crees que con un poco de espera te has de quedar con todo, no sé por qué habías de casarte conmigo exigiéndome castidad frente a ti. ¿Es que lo único que persigues es burlarte, humillar tú también al bastardo? Yo me hubiera ido a América, así de simple, pero tú me ofreciste la oportunidad de satisfacer mi más íntimo y gran deseo: Casarme contigo.

—Y ser dueño de Stone House y de la fortuna Thallistable. ¿Cuántas veces te llamaron bastardo en Stone House, Owen?

—¿Qué importa eso ahora? He sido humillado muchas veces, cierto, pero yo no era culpable de haber nacido de un adulterio. El abuelo me adoptó y me reconoció como hijo adulterino suyo, era el bastardo oficial. ¿Qué es lo que tú pretendes ahora?

Judy miró a la criada que se acercaba y le pidió:

—Déjenos solos, el señor y yo estamos hablando.

—Sí, señora —se apresuró a decir la criada que veía tormenta en el flamante matrimonio.

Owen Jackson esperaba sin apartar su mirada de Judy que no parecía perder la calma por nada. Era como si la frialdad del invierno llenara sus venas. Acusadora pero sin vehemencia, le dijo:

—No sé cómo lo hiciste, pero tú eres el que ha venido por Stone House en las noches de desgracia y tragedia.

—Yo estaba bien encerrado en la cárcel.

—Sí, estabas bien encerrado en la cárcel, pero también estabas aquí, “Géminis”.

—¿Es una broma?

—No es ninguna broma. Estuviste aquí, yo te vi y no puedes engañarme como al jurado. Me violaste, me forzaste pese a mi resistencia y yo no te lo perdonaré jamás.

Owen, más que pálido, se había puesto lívido. No pudo evitar que sus manos cuidadas temblaran ligeramente y se humedecieran de sudor.

—Estás confundida.

—No. Fuiste tú, te vi muy bien y luego, a oscuras en la biblioteca, me forzaste vilmente. No te lo perdonaré nunca y no me importa que me digan que estabas bien encerrado en la cárcel. Tú estuviste aquí en Stone House, lo mismo que la noche que mataste a mi padre y también cuando, de un susto, acabaste con la abuela y canallescamente violaste a *mistress* Pauline.

—¡Yo no fui, puedo jurártelo!

—No puedo creerte, Owen.

—Y si no me crees, si estás tan segura de que soy un canalla, ¿por qué te has casado conmigo? La fortuna no te hace falta. Después de todo, con matrimonio o sin él, todo ha de terminar en tus manos.

—¿De verdad quieres saberlo, Owen? —preguntó muy despacio, sin alzar la voz, con una fina sonrisa que era más bien el reflejo de un desafío, el desafío del jugador que va a mostrar la carta que le permitirá ganar la partida.

—Sí, te escucho.

—Estoy embarazada. Tu violación ha engendrado al ser que ahora vive en mis entrañas. Yo necesitaba darle un nombre y preparar su futuro para que sea el heredero de los Thallistable, un hijo tuyo y mío como quería el abuelo. Tendremos un hijo, Owen, pero no volverás a tocarme nunca más. Fuiste tan torpe como criminal. Te hubiera podido amar sin esfuerzo, pero tú destruiste el posible amor entre los dos. En adelante, nuestro matrimonio solo será aparente. La fortuna Thallistable no podrás malgastarla, porque en tu juramento ante notario aceptaste que yo tendría todos los poderes.

—¿Eso también estaba escrito dentro del sobre?

—Sí.

—¿Tan ambiciosa eres?

—No, solo tomé precauciones. Quiero que la fortuna llegue entera a nuestro hijo cuando sea mayor de edad y pueda hacerse cargo de ella; no obstante, tú vivirás en esta casa y no te faltará tu pensión y todo lo que necesites para desenvolverte como un hombre importante, pero no podrás vender ni comprar nada. Después de todo, has de admitir que es una condena muy benigna para los crímenes que has cometido.

—Charles Thallistable, mi padre —recalcó, mordiendo las sílabas—, dejó muy claro en su testamento que yo sería heredero de todo si me casaba contigo y así ha sido. Se tiene que respetar su voluntad, lo dice la ley.

—Sí, pero tú juraste aceptar mis exigencias para poderte casar conmigo y todo eso también está escrito. Si faltas a tu juramento, el matrimonio será nulo y perderás mucho más.

Owen Jackson seguía lívido, atónito ante lo que le estaba sucediendo. Se sentía atrapado en su propia trampa.

—Judy, no pareces la misma. Ni la abuela Victoria hubiera sido capaz de planear algo semejante para vengarse por el adulterio de su marido. ¿Cómo has podido preparar una venganza semejante contra mí cuando soy inocente de lo que me acusas?

La joven lo observaba desafiante. Owen la miraba tratando de confesarse con los ojos porque con palabras no podía. Judy se levantó al otro lado de la mesa, aquel había sido su primer desayuno de casados.

—No creo que puedas convencerme nunca de tu inocencia, Owen.

De súbito, como si solo con violencia pudiera demostrar sus razones, Owen Jackson dio un fuerte puñetazo sobre la mesa haciendo saltar las tazas medio vacías, ya que ninguno de los dos parecía haber tenido apetito.

—¡Te lo demostraré, te lo demostraré y tendrás que ceder, tú misma echarás al fuego ese maldito sobre que me hiciste jurar!

Judy dio media vuelta. Altiva y segura de sí se alejó hacia su alcoba. Había sido una ceremonia muy corta, muy íntima, pero se sentía terriblemente cansada.

CAPÍTULO XI

Era como si una oleada de intenso calor tropical hubiera despejado el frío del invierno.

Judy, tendida en la cama, sintió calor en su cuerpo, un calor sensual que despertaba la sensibilidad de toda su piel.

Con una respiración intensa y profunda, la joven comenzó a notar que dejaba de ser la mujer cuidada y educada para convertirse simplemente en la hembra ansiosa de amor, la hembra que anhelaba que el varón estuviera cerca para depositar besos sobre su cuerpo que, tembloroso, habría de estremecerse ansioso de recibir.

La amplia alcoba que había escogido para pasar las noches en Stone House se hallaba iluminada ahora por una lámpara eléctrica tamizada por una pantalla de pergamino.

La chimenea de que disponía el dormitorio estaba encendida, aunque los leños aparecían casi consumidos. Desde la muerte de la abuela, Judy había dado orden a los criados para que aquella chimenea estuviera siempre provista de leños. Detestaba el frío, un frío que en aquella casa era más anímico que físico. Era como si Stone House hubiera dejado de ser una residencia con arrogancia y esplendor para convertirse en un mausoleo familiar antes de que toda la estirpe de los Thallistable hubiere muerto.

Su mirada se dirigió al amplio ventanal que se abrió súbitamente como empujado por un vendaval como ocurriera la vez anterior.

Owen Jackson, el bastardo, entraba por el ventanal. A los ojos de Judy parecía más alto, más varonil e irresistible, irradiando un aura de arco iris que le convertía en una especie de semidiós.

Notó como si tuviera fiebre, la mirada se le enturbiaba.

En todo su cuerpo no había un solo músculo tenso, nada que pudiera oponer resistencia al avance de Owen Jackson; sin embargo, su mente sufría. Era como una disociación entre cuerpo y espíritu y en aquellos momentos, quien ganaba la batalla era el cuerpo, un cuerpo muy joven, pues no había llegado aún a los veinte años.

—No, Owen, no te acerques. Por favor, te lo suplico —gimió con palabras que parecían envueltas en el calor de los rescoldos de la chimenea.

Owen Jackson llegó junto a la cama, sus ojos irradiaban luz y calor.

Alargó su mano y tomando por un lado el embozo de la cama, lo levantó para dejar al descubierto el cuerpo femenino.

—Te lo suplico, Owen, márchate, no me toques...

Los ruegos salían de sus labios en tono de gemido, de forma que se hacían ininteligibles. Era como si lo que su espíritu exigía, el cuerpo se negara a transformarlo en palabras, un cuerpo que reclamaba la proximidad de Owen, sus caricias, sus besos, besos que comenzaron a llegar quemando sus labios.

La boca del hombre pasó a su cuello y todo su cuerpo se encogió dentro del camisón como si este ya le estorbara.

Las manos viriles comenzaron a acariciarla mientras los besos la embriagaban de placer; sin embargo, su espíritu se sublevó como si acabara de recibir una energía enviada desde el más allá por quienes habían sido víctimas de sucesos violentos en Stone House.

—¡No, no, eres un asesino, un asesino!

Brincó en la cama hasta sentarse en ella y abrió más los ojos para dejar de ver turbio. Fue como si acabaran de envolverle la cabeza en una toalla llena de escarcha helada.

En la dura lucha entre el espíritu y el cuerpo acababa de vencer el espíritu. Al aclararse sus ojos, borrada ya la fiebre que semejaba haberse apoderado de Judy, vio al hombre junto al lecho, un hombre alto y fuerte, pelirrojo, un hombre al que no había visto jamás y que, por supuesto, no era Owen Jackson. Tenía los brazos tatuados y una mandíbula muy grande.

Dudó unos instantes, sorprendida. Tardaba en darse cuenta de que lo que acababa de sucederle formaba parte de un sueño erótico que su cuerpo joven, de mujer recién casada, le exigía, pero quien había irrumpido por el ventanal no era el rubio Owen, sino un individuo pelirrojo de aspecto nada recomendable.

Intuyendo que Judy iba a gritar, se apresuró a taparle la boca con su mano mientras desnudaba la hoja de una gran navaja que apoyó en el cuello de la muchacha al tiempo que le advertía:

—Si gritas, te degüello.

Los ojos femeninos reflejaron el pánico que sentía. El afilado acero sobre su garganta era suficientemente elocuente como para que ella obedeciera.

—¿Estarás calladita? —preguntó él, muy seguro de sí—, porque si no te estás calladita, te degüello. ¿Has entendido?

Judy asintió con la cabeza, no tenía otra alternativa. Aquella era la segunda vez que se sentía atacada en Stone House. Ahora no era la fuerza bruta, los golpes, la violencia física la que sometía, sino el afilado acero de una navaja en su cuello.

Lentamente, el desconocido que se había introducido furtivamente en su alcoba, apartó la mano con que la amordazara.

—No entiendo por qué te casaste con el bastardo, es el hijo de una bruja.

—¿Quién es usted? —preguntó ella en voz baja, temerosa de irritarle y sufrir más violencia. Estaba indefensa frente a su brutalidad.

—Yo estuve en el mismo calabozo que el bastardo y conozco todas sus artimañas. Me dijo que si le obedecía me haría rico.

—¿Compañero de calabozo? —repitió Judy.

—Sí. A mí tuvieron que dejarme libre enseguida, he estado otras veces en la cárcel, pero esta vez no tenían pruebas para retenerme. El bastardo me propuso un plan, tenía que obedecerle y por eso he ido viniendo por esta mansión grande y fría, aunque dentro de esta alcoba no se está mal.

—¿Usted venía aquí en lugar de Owen?

—Sí, pero era como si viniésemos los dos. Él me señalaba el camino y luego huía. Le perseguían a él mientras yo permanecía oculto y después me largaba tranquilamente.

—¿Cómo podía Owen venir aquí si estaba encerrado?

—Es el hijo de una bruja, ya te lo he dicho. Cuando él quiere, se desdobla. Su cuerpo permanece en la litera, pero algo así como su espíritu se separa de su cuerpo y va a donde le da la gana, aunque no puede hacer nada útil, no tiene fuerza y ni siquiera puede hablar, pero esa especie de fantasma sale de él y va a donde le place sin que nada ni nadie pueda detenerlo.

—Entonces. ¿Owen son dos…? —inquirió Judy, atónita.

—Sí. No sé qué diablos me contó de que era su espíritu astral el que escapaba de su cuerpo y que quienes le vieran podían

confundirlo con él mismo. A mí todo eso me parecen artes de brujería, pero lo mismo me da si me hace rico, lo malo es que todavía no me ha dado una sola libra, por eso vas a pagarme tú. Él me dijo que tú tenías todo el dinero.

—No sé de qué dinero me habla.

—Me prometió diez mil libras si hacía lo que él me pedía.

—¿Y qué es lo que usted tenía que hacer?

—Meterme en esta casa las noches que él iba a venir como fantasma. A mí no me da miedo porque sé que ese espíritu o lo que sea no puede hacer ningún daño. Puede traspasar paredes si quiere, pero no lo hace con frecuencia porque pretende que su fantasma se vea como si fuera él mismo. Así engaña a todos, pero a mí no. Cuando él se paseaba por esta mansión, yo también estaba haciendo ruidos y...

—¿Violando y asesinando?

El irlandés pelirrojo soltó una carcajada.

—Lo que él no podía hacer, lo hacía yo, querida, pero siempre a oscuras para que no supierais quién era. ¿Tan mal lo pasaste, guapa?

—¡Canalla!

—Quieta si no quieres que mi navaja te rebane el cuello. Tranquila, que ahora solo quiero dinero. Owen estaba seguro de que le dejarían libre si tenía testigos de que existía alguien que se le parecía. Todo salió bien, ha engañado a todo el mundo. Le han dejado libre por el crimen que cometió, porque él sí mató a su padre. Es tan asesino como yo, querida.

—¿Por qué mató a su padre?

—Sencillo, se enteró de que podía heredar y planeó ser el amo de Stone House, y lo está consiguiendo. A mí todo eso no me importa, yo quiero mis diez mil libras por el trabajo que hice. Ya me conozco esta casa tan bien como él después de paseármela por las noches siguiendo a su fantasma.

—Yo no tengo ese dinero.

—Tienes un talonario de cheques, eres la dueña de todo, así me lo ha dicho el bastardo. Fírmame un cheque y me largo del país, abriré una cuenta en Ginebra y seguro que me lo ingresarán.

—¿Cómo sé que es cierto todo lo que me dice?

—Eso es fácil de demostrar.

La cogió por los cabellos y haló brutalmente de ella haciéndola saltar de la cama.

Los ojos de Judy se llenaron de lágrimas por el agudo y múltiple dolor en las raíces de sus cabellos, pero no podía gritar pidiendo auxilio. Aquel criminal seguía teniendo su navaja en la mano y la muchacha no quería morir acuchillada.

CAPÍTULO XII

Descubrieron la imagen astral de Owen Jackson en el largo y amplio corredor al que se abrían las puertas de las principales alcobas de Stone House.

Judy ignoraba que aquel viaje astral había sido preparado exclusivamente para que, sin tener que explicárselo el propio Owen, ella pudiera comprobar que la figura que había visto en las noches de tragedia solo era un espíritu, no un cuerpo denso físicamente.

—Ahí está el fantasma del bastardo —señaló el irlandés pelirrojo.

Owen se volvió hacia ellos y les miró. Judy no podía dar crédito a sus ojos.

—¡Es él, Dios mío, es él!

—No es él. Bueno, quizás sí sea él, no lo sé —masculló el criminal que mantenía a la joven cogida por los cabellos—. Yo no le tengo miedo y lo que quiero son mis diez mil libras. ¿No querías una demostración? Pues ahí la tienes.

Siguieron el cuerpo astral de Owen Jackson que, ante el asombro de Judy, cruzó la puerta de la alcoba sin abrirla. Fueron tras él y sí abrieron la puerta para entrar en la alcoba mal iluminada por una bombilla.

—¿Qué te parece? Ahí los tienes a los dos, son como gemelos —siguió diciendo el pelirrojo—. Me hizo unas cuantas demostraciones en la cárcel. Antes de conseguir desdoblarse, se pone como a rezar y a sudar, murmura cosas que nadie entiende. Luego...

Owen Jackson yacía en su cama con los ojos cerrados, como un cadáver que aguardase a que cuatro pares de manos lo elevaran en el aire para depositarlo dentro de un ataúd. De pie al otro lado de la cama, estaba el cuerpo astral, el doble fantasmagórico de Owen que les miraba sin articular ningún sonido.

—¿Él te hizo venir aquí para que violaras y mataras? —preguntó Judy, costándole asimilar lo que estaba viendo. Era como ver un cadáver y al lado, su espíritu vivo.

—No. Él solo quería que le vieran a él y que yo hiciera ruido,

diera algún que otro susto, pero... Lo bueno se atrapa al vuelo y yo no pierdo jamás la oportunidad de comerme una buena tarta —y se echó a reír.

Judy aprovechó la hilaridad del irlandés para dar un tirón con la cabeza. Sus cabellos escaparon de entre los dedos del asesino y ella corrió hacia el otro lado de la cama sin ser perseguida. El bastardo, es decir, su imagen astral, la miró preocupado.

—¿Eres real o no eres real? —preguntó Judy temblando.

Extendió sus manos para coger el cuerpo astral de Owen mientras su otro cuerpo físico seguía tendido en el lecho.

Sus manos no consiguieron atrapar el cuerpo astral, pero notó algo de resistencia, como si hubiera una masa de nata que cedía a su presión. Era una imagen material, pero tan débil que no podía cogerse entre las manos.

El irlandés se reía por lo bajo. El bastardo le había encargado aquel último trabajo, Judy tenía que comprobar que el cuerpo astral no podía haber asesinado y mucho menos, violarla a ella o a *mistress* Pauline.

—Ahora vas a hacerme el cheque, ¿eh, preciosa? Son diez mil libras y puedes quedarte con él. La justicia ya nada puede hacerle, lo declararon inocente. El muy bribón ha sabido jugar bien su partida: Doble imagen, como dos gemelos. Como es algo que si no lo ves no te lo crees, el jurado dijo: “Inocente”.

—¡Bastardooo!

Por la puerta abierta irrumpió *mistress* Pauline con el gesto desencajado y la mirada fija, obsesiva. Cubierta con una bata oscura, alta y fuerte, blandía un hacha en el aire.

—¡No, Pauline, no! —chilló Judy.

El irlandés, sorprendido también, trató de detenerla, pero la mujer logró llegar junco al lecho y descargó el terrible golpe.

La pesada hoja del hacha cayó sobre el rostro del dormido que esperaba que su cuerpo astral, su espíritu viajero, regresara.

Judy se tambaleó al ver la sangre salpicando la cama, empapándolo todo de obsesivo rojo y poco después cayó al suelo, perdido el conocimiento.

Mistress Paulina comenzó a chillar como una loca y el pelirrojo frecuentador de las cárceles del imperio forcejeó con ella sin conseguir hacerla callar. Le clavó el acero de la navaja en el

costado, pero Pauline, fuera de sí, continuaba chillando mientras en la calle, alertados por los gritos, sonaban silbatos de la policía.

—¡Malditas brujas! —rugió el irlandés dándose cuenta de que no podría sacarle nada en aquellos momentos a la nueva señora de Stone House, ya que se hallaba tendida en el suelo inconsciente.

En cuanto a Owen, yacía en la cama con el rostro abierto por la mitad y el hacha clavada en él.

Mientras el asesino huía, el cuerpo astral del bastardo trató de entrar en su cuerpo físico, pero no lo conseguía. El cuerpo había muerto, dejándole fuera, condenado a vagar eternamente por los salones, alcobas y corredores de Stone House.

En la calle sonaron voces y unos disparos.

Un charco de sangre comenzó a agrandarse bajo el cuerpo del fugitivo de cabellos rojos que ignoraba que el bastardo también le había tendido una trampa a él, alertando a la policía de que era muy posible que el asesino apareciera por Stone House.

* * *

El albacea míster Wyler llegó aquella tarde a Stone House llevando consigo el sobre lacrado que entregó a la joven viuda y madre mientras el pequeño se movía dentro de la cuna, cerca de la gran chimenea donde ardían leños traídos del bosque de la bruja como seguían llamándolo los obreros de la fábrica.

—Tome, este sobre ya no tiene objeto. Está casada, viuda y madre, todo le pertenece y no necesita a nadie que la dirija, aunque yo le sugiero que en asuntos de negocios es preferible dejarse aconsejar.

—Aceptaré siempre sus consejos —asintió la joven tomando el sobre lacrado.

—Gracias por la confianza, pero lo cierto es que la fortuna Thallistable es importante y está lleno de buitres dispuestos a engordar.

Judy se acercó a la chimenea y arrojó al fuego el sobre conteniendo la última cláusula que comenzó a arder con rapidez.

—¿Ha preferido no conocer la última cláusula? Mejor así. Después de todo, lo que su abuelo deseaba ya se ha cumplido. Usted es la nieta heredera y tiene un hijo.

Judy miró al niño, un ser nacido de la violación de un

desconocido, pero no podía confesarlo a nadie. Aquel niño pasaría por ser el hijo de Owen y ella, tal como deseara el abuelo.

—Qué raro —comentó míster Wyler—. Sentía calor y de pronto, como una ráfaga de aire helado…

Judy desvió sus ojos y en un rincón del salón descubrió el cuerpo astral del bastardo que la miraba fijamente. Ella sabía que era amada por aquel asesino condenado a vagar eternamente de tan extraña manera. Tanto había utilizado los viajes astrales que al final había caído en su propia trampa.

—Será mejor que se tome un *whisky* —propuso a míster Wyler.

—Gracias, muy amable, tengo la sensación de que me he resfriado. Esta casa siempre me ha resultado hostil, no sería la primera vez que me resfriara al venir por aquí.

Cuando el albacea hubo abandonado la casa, Judy miró la figura de Owen y le gritó:

—¡Vete, estás muerto!

La criatura comenzó a llorar con fuerza. Judy la miró y después miró el fantasma del bastardo que se negaba a abandonar el salón. Aquel fue el momento de la gran decisión.

Tomó entre sus brazos al niño, heredero oficial de la dinastía Thallistable, y subió a su alcoba. Tomó una valija de fina piel y metió en ella los documentos que creyó más importantes y las joyas de la familia. Después, con el llamador hizo venir al cochero.

—Prepara el coche, nos vamos —le dijo.

—¿Adónde, *mistress* Judy?

—De momento, a la casa de mi madre, más adelante ya veremos. Voy a poner Stone House en venta.

—¿Stone House en venta? —repitió muy sorprendido.

—Sí, pero no temas, nadie será despedido porque levantaremos otra casa. Vamos, en marcha.

Cuando la berlina se alejaba llevándose a Judy y a su hijo, en lo alto de la fachada de la casa, tras una ventana, se perfilaba la silueta de un hombre condenado a vagar entre aquellos muros de piedra, como si se le hubiera impuesto la pena de prisión perpetua y el penal fuera Stone House.

Aquel hombre era Owen Jackson, el bastardo, y las gentes de la vecindad no tardarían en cuchichear, llenas de asombro y temor, que en la sombría Stone House habitaba un fantasma.

FIN



TÍTULOS PUBLICADOS

1 EL ESPÍRITU NUNCA MUERE
2 HIJA DEL SATANISMO
3 MATO, LUEGO EXISTO
4 EL DIABLO DE NOTRE-DAME
5 LA LEYENDA DE AIMEE
6 PELIGROSO VIAJE ASTRAL
7 EL ASCENSOR ESTÁ LIBRE
8 EL AULLIDO DE LA BESTIA
9 NASCITURUS
10 LA JUGADA FINAL
11 PODERES DE LA MENTE
12 SHOCK
13 LA ORGÍA DEL CASERÓN
14 RESIDENCIA DE CASTIGO
15 EL PROTEGIDO
16 LA CARTA ASTRAL
17 LA SANGRE EXIGE UN PRECIO
18 RELOJ PARADO
19 LA MARIPOSA DE LA MUERTE
20 SANGRE "B" NEGATIVO
21 LA PERRA ENCADENADA
22 ENTRE SÁBANAS
23 MACABRA COLECCIÓN
24 NOCHE DE MÁSCARAS
25 EL ESTANQUE
26 NECROMANCIA
27 LAS SÁDICAS DONCELLAS
28 EL BASTARDO
29 DOCTOR DIABÓLICO

(Si desea recibir números anteriores, solicítelo al Apdo. Correos nº 9428 de Barcelona, enviando su importe)



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts.